Ríos de agua viva

Ríos de agua viva

CÓMO SE OBTIENEN
CÓMO SE MANTIENEN

Estudios acerca de los bienes
que el creyente posee en Cristo

por
RUTH PAXSON

SOCIEDAD DE TRATADOS EVANGÉLICOS
BENEFICENCIA, 18
MADRID

UNIÓN POLIGRÁFICA, S. A.—San Hermenegildo, 32. Madrid.

PREFACIO

En la Casa Británica de Correos de Hong-Kong hay una inscripción con el siguiente texto de las Sagradas Escrituras, muy apropiado a tal servicio: "Como el agua fría al alma sedienta, así son las buenas nuevas de lejanas tierras." De una manera semejante apreciarán muchos lectores cristianos la atractiva presentación que la autora de este librito hace de nuestro amante y viviente Señor.

Muchos de los que asistieron a las reuniones en que se dieron estos estudios, esperaban obtener refrigerio espiritual, algo así como se llena una vasija de agua para irla aprovechando hasta la siguiente ocasión de aprovisionarse de nuevo; pero pronto se dieron cuenta de que lo que necesitaban no era obtener una provisión limitada de agua, sino fuentes que fluyeran, no solamente para satisfacer sus propias necesidades, sino para desbordarse en "ríos de agua viva" que llevaran bendición a todos aquellos con quienes entraran en contacto.

Muchos de los misioneros que asistieron a la conferencia sintieron un fuerte deseo de que aquellos mensajes se imprimieran para que otros pudieran participar del provechoso festín espiritual que aquella mensajera del Señor les había servido.

Miss Paxson, a su regreso a Shanghai, corrigió, y en parte redactó de nuevo, los apuntes abundantes que yo había tomado, de modo que estos estudios se

imprimen y publican ahora como salieron de sus manos.

Al colocar este librito ante un público más amplio, estoy convencido de que Dios lo utilizará para profundizar la vida espiritual de muchos de sus hijos, porque rara vez hemos oído o leído una explicación tan sencilla, tersa y clara, a la vez que tan sentida y persuasiva, del plan y propósito divino para la vida del creyente, como la dada por Miss Paxson con ocasión de aquella conferencia.

Debo decir que Miss Paxson es autora de varios libros de edificación, de los cuales el más conocido es el titulado La vida en su plano más elevado *(en inglés, por supuesto), que el renombrado Dr. R. A. Torrey calificó de "libro muy notable, uno de los más satisfactorios que he leído", y que recomendó muy encarecidamente a lectores cristianos.*

Multitudes de cristianos viven espiritualmente en una tierra árida y sedienta, sin darse cuenta de que Dios tiene fuentes de agua viva que pueden obtener con sólo pedirlas. En la esperanza de que la lectura de este libro conduzca a los que en tal caso se encuentran a ser "llenos de toda la plenitud de Dios en Cristo", y en vista de la creciente oscuridad producida por la apostasía del Cristianismo moderno, enviamos estos estudios para que cumplan su misión a favor de la causa del Maestro.

C. R. WILSON.

Hong-Kong (China), junio 1920.

I

LAS MARCAS DEL CRISTIANO CARNAL

Hay dos clases de cristianos claramente nombradas y descritas en las Escrituras. Es de capitalísima importancia para todo cristiano saber a qué clase *pertenece* y después decidir de qué clase desea *ser*. Pablo en 1 Cor. 3.1-4, habla de los cristianos como carnales o espirituales.

> "De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a *espirituales*, sino como a *carnales*, como a niños en Cristo.
>
> "Os di a beber leche, y no vianda: porque aún no podiais, ni podéis ahora.
>
> "Porque todavía sois *carnales*: pues habiendo entre vosotros celos, y contiendas, y disensiones, ¿no sois *carnales*, y andáis como hombres?
>
> "Porque diciendo el uno: yo cierto soy de Pablo; y el otro: yo de Apolos; ¿no sois *carnales?*"

¿Qué clase de cristiano eres tú? ¿Has visto alguna vez tu retrato tomado en un grupo? ¿Tenías interés en verlo? Pronto encontraste el retrato *de una persona*. Si aquella persona había salido bien, toda la fotografía era buena; pero en caso contrario, la fotografía era mediana y no te interesaba adquirirla.

Pues bien, esta noche vamos a sacar una fotografía del cristiano carnal, y yo me pregunto si te encontrarás tú en ella. Será una fotografía absolutamente exacta, porque está tomada por el fotógrafo divino, que nos conoce a fondo.

Las marcas del cristiano carnal.

Es una vida de lucha incesante.

> "Porque según el hombre interior me deleito en la ley de Dios; mas veo *otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi espíritu,* y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros." Romanos 7.22-23.
>
> "Porque *la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne;* y estas cosas se oponen la una a la otra, para que no hagáis lo que quisiereis." Gál. 5.17.

Dos leyes diferentes luchando una contra otra en la misma personalidad; dos fuerzas absolutamente contrarias la una a la otra, luchando por dominarla; ésta es ciertamente la descripción de un conflicto. Dos naturalezas, la divina y la carnal, han emprendido una guerra a muerte dentro del cristiano. A veces la naturaleza espiritual está en alza y el creyente disfruta de gozo, paz y descanso momentáneos. Pero más a menudo es la naturaleza carnal la

que domina y hay escaso goce de bendiciones espirituales.

Un ejemplo ilustrará este conflicto tan frecuente. Un niño de seis años tenía la costumbre de escaparse de casa. Un día le dijo su madre que si se marchaba otra vez tendría que castigarle. No tardó mucho en venir la tentación y el pequeño se dejó arrastrar por ella. Cuando volvió a casa, le dijo su madre: "Santiago, ¿no recuerdas que te dije que si volvías a escaparte te castigaría?" "Sí—dijo el niño—; me acuerdo." "Entonces ¿por qué te has escapado"—preguntó la madre—. Y Santiago respondió: "Fué así, madre. Cuando estaba en la calle pensando en eso, Jesús me tiraba de una pierna y el diablo me tiraba de la otra, y el diablo tiró más fuerte.". El Señor Jesús tirando de un lado y Satanás tirando de otro es la experiencia constante del cristiano, pero ceder habitualmente al diablo y darle el dominio de la vida es la desgraciada condición del cristiano carnal. ¿Vives tú una vida de tan incesante y penoso conflicto?

Es una vida de repetida derrota.

> "Porque lo que obro, no lo entiendo; pues *no lo que quiero, eso practico;* antes *lo que aborrezco, eso hago."* Rom. 7.15. (Versión Hispano-Americana.)
>
> "Porque *no hago lo bueno que quiero;* sino *lo malo que no quiero, eso practico."* Romanos 7.19. (V. H.-A.)

El capítulo VII de Romanos es la biografía espiritual de alguien. Fué indudablemente la de Pablo. ¿Pero no podría haber sido también la vuestra y la mía? Nos descubre un verdadero deseo y un empeño sincero de vivir una vida santa, pero está invadido por una atmósfera de derrota mortal; derrota tan abrumadora que obliga a lanzar aquel grito desesperado en demanda de socorro:

> "¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?" Rom. 7.24. (Versión Hispano-Americana.)

¿Quién de nosotros no lo ha lanzado? Hemos hecho innumerables propósitos en la mañana de un nuevo día o de un Año Nuevo acerca de lo que queríamos hacer o no queríamos hacer. Pero nuestro corazón ha sufrido repetidas veces la humillante sensación del fracaso. Las cosas que habíamos determinado firmemente hacer han quedado sin hacer, y las que habíamos resuelto solemnemente no hacer, fueron hechas repetidas veces. Pecados de comisión y de omisión, como malos espíritus, nos acechan en nuestros dormitorios para robarnos aun el bálsamo del sueño. Nos hemos irritado, hemos sido tan orgullosos, egoístas y desconfiados este año como lo fuimos el año pasado. Hemos descuidado el estudiar la Biblia y el orar, y no hemos tenido más celo por las almas hoy que tuvimos ayer.

La culpa no está en la voluntad, porque ésta era

muy sincera en sus propósitos y estaba plenamente decidida a realizarlos.

> "Porque yo sé que en mí (esto es, en mi carne) no mora el bien; *porque el querer lo bueno está conmigo, pero no el efectuarlo.*" Romanos 7.18. (V. H.-A.)

Pero hay un dominio dividido sobre la vida del cristiano carnal, y eso trae siempre la derrota. Puede encontrar liberación, si quiere, pero para ello tiene que salir de la experiencia descrita en el capítulo VII de Romanos y pasar a la descrita en el capítulo VIII. ¿Has conseguido tú tal liberación?

Es una vida de infancia prolongada.

> "De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, *sino como a carnales, como a niños en Cristo.* Os di a beber leche, y no vianda; pero aún no podiais, ni aún podéis ahora." 1.ª Cor. 3.1-2.

El cristiano carnal no crece. Continúa siendo un "niño en Cristo". Los cristianos corintios debían haber sido crecidos, fuertes, desarrollados, capaces de asimilar alimento sólido; en lugar de ello, eran débiles, sin desarrollo, niños que se alimentan de leche. No llegaban ni en su estatura ni en fuerza a lo que debían haber llegado.

Nada hay en el mundo que parezca más perfecto a padres amantes que un niño en los primeros años

de su vida, pero ¡qué pena para los padres si aquel precioso niño permaneciera en la infancia corporal y mentalmente! Nada en la tierra puede compararse al alegre repique de las campanas celestiales que anuncian el nacimiento de un nuevo hijo en la familia de Dios; pero ¡qué dolor debe causar al Padre celestial ver que el niño espiritual permanece en un estado de infancia prolongada!

¿Qué eres tú, amigo mío, un niño o un adulto espiritual? Para responder a esta pregunta tendrás tal vez que responder a otra. ¿Cuáles son las marcas de un niño? Un niño no puede valerse a sí mismo y depende de otros. Un niño absorbe la atención de los que le rodean y espera ser el centro de su pequeño mundo. Un niño vive en la región de sus sentimientos. Si todo le va bien, está contento y sonriente; pero es sumamente quisquilloso, y si su deseo se ve frustrado en algún punto, bien pronto expresa su desagrado con vivas quejas. El cristiano carnal tiene las mismas marcas.

En *Hebreos* (5. 12-14), se nos indica que el cristiano carnal depende todavía de otros. Debía estar lo bastante adelantado para enseñar a otros; pero, en lugar de ser así, él mismo necesita que le enseñen, y no ha llegado al punto en que puede alimentarse de vianda y no de leche. Está incapacitado para recibir o para comunicar las cosas profundas de Dios.

¿Por qué eran tales niños los cristianos corintios? Pablo nos lo dice claramente en los dos pri-

meros capítulos de su primera Epístola a los mismos. Seguían a conductores humanos, teniendo en más alta estima la sabiduría de los hombres que la sabiduría de Dios. Trataban de alimentarse con heno, en lugar de carne, y pensaban saciar su hambre con cáscaras.

El cristiano ordinario no va directamente a la *Biblia* en busca de su alimento espiritual, en la confianza de que el Espíritu Santo le dará alimento sólido sacado de la palabra. Para su alimentación espiritual no conoce otro recurso que los maestros humanos y engulle todo lo que éstos le dan. Es un parásito espiritual que vive de alimento ya digerido, y, por lo tanto, está desnutrido y anémico. En su débil condición, está expuesto a todas las formas de enfermedad espiritual. Cae fácilmente como presa del enojo, el orgullo, la impureza, el egoísmo; y por su estrecha relación con otros miembros del cuerpo de Cristo, a menudo resulta de tal estado de cosas una epidemia de pecado como la que existió en la iglesia de Corinto. ¿Qué eres tú, un niño desvalido, o un cristiano vigoroso capaz de ser utilizado por Dios para ayudar a otros?

Es una vida de completa esterilidad.

> *"Todo pámpano que en mí no lleva fruto, le quitará; y todo aquel que lleva fruto, le limpiará, para que lleve más fruto."* (Juan, 15.2.)

La influencia del cristiano carnal es siempre negativa. Por la inconsecuencia de su vida es incapaz de ganar a otros para Cristo y de dar un buen ejemplo a otros cristianos. Es, por lo tanto, un pámpano estéril de la vid.

Es una vida de infidelidad adúltera.

> "*Adúlteros y adúlteras*, ¿no sabéis que *la amistad del mundo es enemistad con Dios*? Cualquiera, pues, que quisiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios." (Sant., 4.4.)

Este es lenguaje muy duro. Dios dice claramente que, cualquier cristiano que sea amigo del mundo, se hace enemigo de El; más aún: "adúltero" o "adúltera". Para darnos cuenta de la fuerza de esta afirmación, debemos saber lo que quiere decir "el mundo". Lo que es la Iglesia para Cristo, es el mundo para Satanás. Le proporciona ojos, oídos, manos, pies, combinados para forjar sus más hábiles instrumentos con que capturar y retener las almas de los hombres. El mundo es su lugar de acecho para los no salvos y el señuelo con el cual procura apartar de Dios a los salvados. "El mundo" es la vida y la sociedad humanas, cuando se deja fuera de ellas a Dios. ¿Cuál debe ser, pues, la relación del cristiano con el mundo? La respuesta se encuentra en la relación del cristiano con Cristo. Cristo y el cristiano son una cosa. Están unidos en tan absoluta

identificación de vida, que el Espíritu Santo dice que la relación de amor que los liga uno a otro, es análoga a la del matrimonio.

¿Es, pues, de extrañar que Dios afirme que la amistad con el mundo, por parte de un cristiano, equivale a un adulterio espiritual? Concordar con el mundo en sus placeres, entrar en participación con él en sus propósitos, amoldar nuestra conducta a sus principios, trabajar para llevar a la práctica su programa, todo esto hace a un cristiano cómplice del maligno contra su propio Amado. Tan adúltera infidelidad en el amor, marca a un cristiano como cristiano carnal.

Pero tal vez preguntes: "¿En qué consiste la mundanalidad?"

> "*No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo*. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. *Porque, todo lo que hay en el mundo*: la concupiscencia de la carne y la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, *no es del Padre, mas es del mundo*." (1 Juan, 2.15-16.)

Aquí se nos da la piedra de toque de la mundanalidad. Mundanalidad es "todo lo que no es del Padre". Todo aquello que no sería tan adecuado a la vida de Cristo en lugares celestiales, como a la vida del cristiano en la tierra, es mundano.

Mundanalidad es también "la concupiscencia de la carne", "la concupiscencia de los ojos" y la "so-

berbia de la vida". La mundanalidad puede manifestarse en la conversación, en el peinado, en la manera de vestir, en las amistades, en los placeres, en las posesiones, en las lecturas, en los apetitos y en las actividades. Todo lo que alimenta o complace a la carne, a la parte animal del hombre, es "concupiscencia de la carne". Todo lo que atiende solamente a las modas del mundo, todo lo que fomenta el deseo de poseer, todo lo que hace fijar los ojos en lo visible, más bien que en lo invisible, es "concupiscencia de los ojos". Todo lo que exalta nuestro "yo", lo que alimenta el orgullo y la pompa y corta las alas del alma, haciéndola arrastrarse por el polvo de la tierra, en lugar de remontarse a los cielos, es "soberbia de la vida".

¿Amas al mundo y las cosas que están en el mundo? Entonces, eres un cristiano carnal.

Es una vida de hipocresía vergonzosa.

> "Porque en otro tiempo érais tinieblas; *mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz.*" (Ef., 5.8.)
>
> "¿No sois carnales, y *andáis como hombres?*" (1.ª Cor., 3.3.)

El cristiano carnal dice una cosa y hace otra; su conducta no guarda correspondencia con su testimonio. Anda como los que no hacen profesión de ser cristianos, y por eso no tiene poder para ganarlos para Cristo.

¿Te ha mostrado Dios tu retrato esta noche? ¿Eres un cristiano carnal? ¿Deseas continuar siéndolo? Hay esperanza abundante para el cristiano que, cansado de la lucha, humillado por la derrota, apesadumbrado por el atraso, afligido por la esterilidad, convencido de su infidelidad y dolorido de su hipocresía, se vuelve a Dios y clama pidiendo ser libertado de la miserable cautividad de la carnalidad y entrar en la gloriosa libertad de la espiritualidad.

II

LAS MARCAS DEL CRISTIANO ESPIRITUAL

A medida que me vayáis siguiendo en el estudio que vamos a hacer esta noche, observaréis que la vida del cristiano espiritual está en marcado contraste con la del cristiano carnal.

Es una vida de paz permanente.

> "*La paz os dejo, mi paz os doy*; no como el mundo la da, yo os la doy. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo." (Juan, 14.27.)

Hay todavía lucha en la vida del cristiano espiritual, porque el crecimiento se obtiene mediante el triunfo en la lucha. Pero hay paz mediante la victoria consciente que se alcanza en Cristo. El cristiano espiritual no continúa en la práctica del pecado conocido y consentido, y de aquí que viva en la luz, nunca nublada, del sol de la presencia de Cristo. No perturban su comunión con el Padre la sensación remordedora de haber ensuciado sus manos, el aguijoneo de una conciencia herida o la condenación de un corazón acusador. Así es que goza de paz permanente, de gozo profundo y de perfecto reposo en el Señor. ¿Los tienes en tu vida?

Es una vida de victoria habitual.

> "Mas a Dios gracias, que *nos da la victoria por el Señor Nuestro Jesucristo.*" (1.ª Cor., 15.57.)

Observad que no dice "victorias", sino "la victoria". La victoria de la resurrección es una victoria que las incluye todas. El que te ha dado una vez una victoria sobre un pecado, puede darte la victoria sobre todo pecado. El que te ha guardado del pecado por un momento, puede guardarte del mismo pecado por un día o por un mes. La victoria sobre el pecado es un don, por medio de Cristo, que puede ser nuestro cuantas veces lo reclamemos.

> "Antes, en todas estas cosas, *hacemos más que vencer por medio de aquel que nos amó.*" (Rom., 8.37.)

Ya sería bastante asombroso que El dijera que en estas cosas vencíamos. Pero El afirma que "hacemos más que vencer". Esto es victoria con algo más. Significa suficiente y de sobra. El versículo nos dice que no necesitamos vivir dentro de los límites de una victoria conservada a fuerza de esfuerzo y de lucha.

> "Mas a Dios gracias, *el cual hace que siempre triunfemos en Cristo Jesús*, y manifiesta el olor de su conocimiento por nosotros en todo lugar." (2.ª Cor., 2. 14.)

Observad la palabra "siempre". Esta victoria no está limitada a ciertas ocasiones, lugares y circunstancias. Dios dice que El puede hacernos triunfar *siempre* en Cristo. Casi puedo oír a alguno de mis oyentes que dice: "Es muy fácil para usted levantarse ahí y predicar que tal victoria es posible, pero no sabe usted lo cascarrabias que es una persona de mi familia, con quien tengo que vivir constantemente". No, no conozco las circunstancias de su vida de usted, pero Dios las conoce, y El ha puesto la palabra "siempre" en ese versículo. ¿La aceptas y crees que Dios puede hacer que siempre triunfemos en Cristo Jesús?

Escogí con todo cuidado las palabras "victoria habitual". Quiero decir por "habitual" que la victoria es el *hábito* de la vida cristiana. No quiere esto decir que el poseedor de tal victoria *no pueda pecar*, sino que *puede no pecar*. Pecar continuamente no será la práctica de su vida.

¿Cuál es el significado real y profundo de la "victoria"? No significa un mero dominio exterior de las manifestaciones visibles del pecado, sino una sujeción decidida de la disposición interior a pecar. La verdadera victoria produce un cambio en las más escondidas interioridades del espíritu, que transforma las disposiciones y actitudes internas tanto como las obras y acciones exteriores. "La verdadera victoria nunca os obliga a ocultar lo que está dentro". Muchos de nosotros no llamamos al pecado *pecado*. Naturalmente, estamos obligados a llamar pecado

a alguna flagrante ofensa contra Dios o el hombre, que llega a ser más o menos pública. Pero, ¿y aquella realidad negra, sucia, escondida en lo más interior del espíritu? ¿Eso es pecado? Dios dice que lo es.

> "He aquí, tú amas la verdad *en lo íntimo*; y *en lo secreto* me has hecho comprender sabiduría. Crea en mí, ¡oh Dios!, un corazón limpio, y renueva *un espíritu recto* dentro de mí." (Salmo 51.6, 10.)
>
> "Así que, amados, pues tenemos tales promesas, limpiémonos de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en temor de Dios." (2.ª Cor., 7.1.)

Apliquemos unas pocas pruebas de toque sencillas, y veamos si hemos sido limpiados de toda inmundicia de espíritu. Acostumbráis a perder la paciencia y a permitiros violentas explosiones de ira; habéis conseguido una gran medida de dominio de vuestra conducta exterior, pero queda un gran residuo de irritación interior y de resentimiento oculto. ¿Puede llamarse esto victoria verdadera?

Una joven de dieciséis años asistió una vez a una reunión, en la cual hablábamos de la victoria completa en Cristo. Vivía con una tía de carácter avinagrado, siempre dispuesta a regañar. La joven tentaba a menudo la paciencia de su tía llegando tarde a casa al volver del colegio. Cuando su tía le reprendía, ella le contestaba. Fué de la reunión a su

casa decidida a vencer su defecto, tanto en lo de volver tarde del colegio, como en lo de contestar a su tía, y así se lo dijo a ésta. La escéptica tía replicó que creería en la victoria cuando la viera. Pocos días después llegó tarde otra vez. La tía dijo irónicamente: "¿Esta es la victoria que decías ibas a conseguir, no es eso?" La joven no dejó escapar una sola palabra de sus labios. "¡Admirable victoria!", diréis. Pero escuchad. Pocos días después recibí una carta gozosa de la joven en que me decía: "Miss Paxson: ahora sé, por experiencia, lo que significa la verdadera victoria, porque cuando mi tía me regañó, no le respondí *ni sentí deseos de hacerlo.*" Esto es verdadera victoria.

Alguien os ha ofendido; no procuráis vengaros, ni le pagáis en la misma moneda abiertamente, pero en lo íntimo de vuestro corazón le deseáis algún mal a aquella persona y os alegráis si le acontece. ¿Es esto tener un espíritu recto?

En una serie de reuniones especiales en China, vino una mujer buscando auxilio espiritual. Era desgraciada y hacía desgraciados a otros alrededor de ella. Había falta de amor en su corazón; en realidad, la cosa era peor todavía; aborrecía a una persona. Era una obrera cristiana, y reconociendo los estragos que semejante sentimiento hacía en su propia vida y en la de otros, procuraba irlo venciendo poco a poco. No había podido sufrir ni el ver a la otra persona, pero al fin reconoció el pecado que con ello cometía. Invitó a aquella persona a comer,

pero *deseaba en su corazón que no aceptara el convite.* ¿Era eso victoria? Después se dominó lo bastante para decir que *no quería odiarla,* pero tampoco *podía amarla.* ¿Era eso victoria? Hasta que Dios, que es amor, no tomó plena posesión de su corazón, no consiguió ella la clase de victoria que Dios quiere dar.

Tal vez habrá alguien que diga: "He experimentado de vez en cuando esta gloriosa liberación del dominio de un pecado especialmente difícil de vencer, pero ha sido sólo una liberación pasajera. ¿Hay en el mundo tal cosa como una victoria habitual sobre todo pecado conocido?" Dios dice que la hay.

> "Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres." (Juan, 8.36.)
>
> "Porque la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte." (Rom., 8.2.)

Cristo murió en la cruz del Calvario para librarnos del pecado. Para hacer permanente aquella victoria perfecta, ha enviado al Espíritu Santo que more en nosotros y domine en nuestras vidas. El hombre carnal está bajo el poder de la ley del pecado. Esta ley opera en su vida, poniéndolo bajo su dominio la mayor parte del tiempo. Pero hay otra ley superior que rige en el creyente, y a medida que éste se entrega a su fuerte poder, el hombre espiritual es librado de la ley del pecado y de

la muerte. Aquí está su victoria habitual sobre todo pecado conocido. ¿Experimentas tú tal victoria?

Es una vida de crecimiento constante en la semejanza de Cristo.

> "Por tanto, nosotros todos, mirando (o reflejando) a cara descubierta, como en un espejo, la gloria del Señor, *somos transformados, de gloria en gloria, en la misma semejanza,* como por el Espíritu del Señor." (2.ª Cor., 3.18.)

No hay nada estacionario en la verdadera experiencia espiritual. La mirada elevada y la cara descubierta tienen que alcanzar y reflejar algo de la gloria del Señor. A un conocimiento creciente de El y a una comunión cada vez más profunda con El, debe acompañar una semejanza cada vez mayor a El.

En cierta ocasión viajaba por el río Yangtszi, de la China central. Acababa de escampar después de una fuerte tormenta y el sol había salido esplendente por detrás de las reprimidas nubes. Me sentí impelida interiormente a subir sobre cubierta y el Señor tenía un precioso mensaje en espera para mí. El agua del río Yangtszi es muy turbia. Pero al llegarme a la barandilla y mirar al río en aquella ocasión, no vi el agua amarilla y sucia, sino el azul del cielo y los blancos vellones de las nubecillas tan perfectamente reflejados, que apenas podía creer que

estaba mirando hacia abajo, y no hacia arriba. En aquel momento el Espíritu Santo me trajo al pensamiento, como un relámpago, el versículo 18 del capítulo 3 de la segunda a Corintios, y dijo: "En ti misma eres tan poco atractiva como el agua del río Yangtszi, pero cuanto tu ser se vuelva hacia Dios y toda tu vida se abra a El de modo que su gloria pueda brillar sobre ella y penetrar en ella, entonces serás transformada en su imagen de tal modo, que otros, al mirarte, no te verán a ti, sino a Cristo en ti". Amigos queridos, ¿estamos vosotros y yo "reflejando, como en un espejo, la gloria del Señor"?

Pero hay un progreso en nuestra semejanza a Cristo: es *de* gloria *en* gloria. La naturaleza espiritual está siempre extendiéndose hacia lo que es espiritual y alcanzándolo para hacerse más espiritual.

> "Todo pámpano que en mí *no lleva fruto,* le quitará, y todo aquel que lleva *fruto,* le limpiará, para que lleve *más fruto.* Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que está en mí, y yo en él, éste lleva *mucho fruto;* porque sin mí nada podéis hacer." (Juan, 15. 2, 5.)

"*No* lleva fruto"; "lleva *fruto*"; "*más* fruto", "*mucho* fruto". ¿No descubren estas frases, ante nuestra vista, las posibilidades de semejanza con Cristo que están al alcance de todo pámpano de la Vid verdadera? ¿No nos muestran también el pro-

greso positivo "*de* gloria *en* gloria" que Dios espera ver en nosotros? Estas frases describen ciertas condiciones. ¿Cuál de ellas describe la tuya? Solamente la condición de llevar *mucho* fruto es la que glorifica al Padre.

> "*En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto* y seáis así mis discípulos." (Juan, 15.8.)

Pero, ¿cuál es el fruto que Dios espera encontrar en el pámpano? El nos lo dice.

> "Mas *el fruto del Espíritu* es: caridad, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza; contra tales cosas no hay ley." (Gál., 5.22.) (V. H.-A.)

El "fruto del Espíritu" es el carácter simétrico y completo del Señor Jesucristo, en el cual no hay defecto ni exceso. Observad que no dice "frutos", sino "fruto". Es precisamente un racimo, y todas las nueve gracias que en él entran son esenciales para revelar la belleza de la verdadera semejanza con Cristo. Pero ¡cuán a menudo vemos un gran corazón de amor echado a perder por un genio demasiado vivo! Hay amor, pero falta templanza. O vemos una persona de gran longanimidad, pero de rostro melancólico. Hay longanimidad, pero falta gozo. Otro caso es del cristiano que tiene fe abundante, pero carece de benignidad. Hay más del trueno del Sinaí que del amor del Calvario en su ca-

rácter. Sabe mejor defender la doctrina que adornarla. Otras veces vemos alguno cuya vida es la encarnación de la bondad, pero la bondad está anublada por la preocupación y la intranquilidad. Hay bondad, pero falta paz. ¡Cómo desfiguran la simetría del carácter cristiano la ausencia o el exceso de cualquiera de estas gracias! En el cristiano espiritual, estas nueve gracias se funden en forma tan atractiva y hermosa, que el mundo puede ver a Cristo viviendo en él.

Es una vida de poder sobrenatural.

> "De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, *las obras que yo hago, también él las hará, y mayores que éstas hará;* porque yo voy al Padre." (Juan, 14.12.)

Estas palabras fueron dirigidas por Cristo a un grupo de hombres indoctos. Uno de ellos era un curtido y rudo pescador. Se hubiera encontrado muy poco a gusto en un grupo de estudiantes de Universidad, y muy probablemente no hubiera podido salir airoso del examen de ingreso en un Seminario teológico del día de hoy. Pero pertenecía a la compañía de creyentes a quien se hizo esta promesa y un día tuvo la promesa tan maravilloso cumplimiento en su vida, que con un solo sermón ganó para el verdadero discipulado seis veces más almas que Jesús había ganado en los tres años de su ministerio público.

¿En qué consistía el poder de Pedro? ¿Podemos vosotros y yo recibirlo? ¿Era el poder del encanto personal, o de maneras atractivas, o de inteligencia gigante, o de lenguaje elocuente, o de erudición sólida, o de voluntad dominante? Aunque había muchas cualidades amables en el impulsivo, sincero, amante pescador viejo, ninguna de ellas, ni todas juntas, podían explicar, ni aun en parte, tan asombroso cumplimiento de la promesa que nuestro Señor le había hecho. Dios nos revela claramente el secreto del poder de Pedro.

> "Mas *recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros*; y me seréis testigos en Jerusalem, y en toda Judea, y Samaria, y hasta lo último de la tierra." (Hech., 1.8.)

El poder para hacer "las mismas obras y aun mayores", de que Cristo habla, no es un poder que reside en nada humano. Al contrario, es el poder de Dios, el Espíritu Santo, que está completamente a nuestro alcance, cuando nos hemos entregado por completo a El. ¿Se manifiesta su poder sobrenatural en nuestra vida y obras hoy?

Es una vida de consagrada separación.

> *"Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación."* (1.ª Tes., 4.3.)
>
> "Porque tal Pontífice nos convenía: *Santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores* y

> hecho más sublime que los cielos." (Heb., 7.26.)

El hombre espiritual toma como ejemplo a Cristo y determina andar como El anduvo. Cristo vivió una vida de separación. Estaba *en* el mundo, pero no era *del* mundo. *Entró* en contacto estrecho con el mundo, pero sin conformarse a él o contagiarse de él. El hombre espiritual aspira a una parecida separación de conducta. Se encuentra para con el mundo en la misma relación en que Cristo estuvo, y el mundo adoptará para con él la misma actitud que tomó para Cristo. El cristiano mirará los placeres, objetivos, principios y planes del mundo, como Jesucristo los miró. El no era del mundo, y por eso le aborreció y persiguió el mundo. Lo mismo tratará el mundo al cristiano.

> *"No son del mundo,* como tampoco yo soy del mundo." (Juan, 17.16.)
>
> "Si fuérais del mundo, el mundo amaría lo suyo; mas *porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo,* por eso *os aborrece el mundo."*
>
> "Acordaos de la palabra que yo os he dicho: No es el siervo mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, *también a vosotros os perseguirán; si* han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra." (Juan, 15.19, 20.)

Dios os llama a una vida de "aislamiento", para que seáis más plenamente conformados a la imagen de su hijo. ¿Habéis respondido al llamamiento que os hace para que salgáis y os separéis del mundo?

Es una vida de santidad atractiva.

> "Sino, *como es santo el que os llamó, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta,* porque escrito está: *Sed santos, porque yo soy santo.*" (1.ª Ped., 1.15, 16.) (V. H.-A.)

Todo cristiano es llamado a una vida santa. Pero hay muchos cristianos que no quieren ser santos. Podrán querer ser espirituales, pero tienen miedo a ser santos. Esto se debe, tal vez, a una mala inteligencia de lo que la santidad es, debida a falsas enseñanzas acerca del asunto.

Pero, ¿qué es la santidad? Digamos primero lo que no es. No es perfección impecable, ni anulación de la naturaleza pecadora, ni ausencia completa de faltas. No coloca a nadie fuera de la posibilidad de pecar, ni elimina la presencia del pecado.

La santidad que en la Escritura se enseña, no consiste en ser "sin defecto", sino en ser "sin culpa" delante de Dios. Hemos de ser "guardados sin reprensión" para su venida y hemos de ser "presentados irreprensibles" *en* su venida.

> "Y el Dios de paz os santifique en todo; para que vuestro espíritu y alma y cuerpo *sea guardado entero, sin reprensión, para la venida* de Nuestro Señor Jesucristo." (1 Tes., 5.23.)
>
> "A aquel, pues, que es poderoso para guardaros sin caída, y *presentaros delante de su gloria irreprensibles,* con grande alegría..." (Judas, 24.)

Esta verdad se abrió a mi espíritu con un nuevo sentido hace cuatro años, cuando me vi llamada a disponer de las posesiones personales de una amada hermana mía a quien Dios había llamado a su gloria. Entre las cosas que ella atesoraba de una manera especial, se encontró una carta que yo le había escrito cuando tenía yo siete años. Había ido ella a visitar a unos amigos que vivían en otra localidad; yo la quería mucho y la echaba de menos, y aquella carta era la expresión, en palabras, del amor que yo le tenía. La carta distaba mucho de ser "intachable", porque estaba escrita con mala letra y con faltas de gramática y ortografía. Pero era "sin culpa" a los ojos de mi hermana, porque expresaba el amor de mi corazón y era la mejor carta que yo podía escribir. Para mí, ahora que soy mujer adulta, escribir la misma carta hoy no sería "sin culpa", porque debo tener más práctica de escribir y más conocimiento de las reglas gramaticales y ortográficas.

La santidad es, pues, un corazón lleno de puro amor a Dios. Es Cristo, nuestra santificación, entronizado como vida de nuestra vida. Es Cristo, el Santo, en nosotros, viviendo, hablando, andando.

Tal santidad es atractiva, porque deja ver la santa calma de Dios reflejada en el rostro, la santa quietud de Dios, manifestada en la voz; la santa benignidad de Dios, expresada en los modales, y la santa fragancia de Dios emanando de toda la vida. ¿Posees tú tal santidad atractiva?

Inclinemos nuestras cabezas durante unos momentos de silencio. ¿Cuál es vuestra vida, la de un cristiano carnal, o la de un cristiano espiritual? Si no estáis viviendo habitualmente en el plano más elevado, ¿queréis decidiros ahora a vivir en él?

III

DOS ESFERAS OPUESTAS

El primer paso desde la vida vivida en el plano más bajo a la vida en el plano más alto, es aceptar a Jesucristo por Salvador. En la cruz rompe por completo el pecador creyente los lazos que le unen a la antigua esfera y a todo lo que a ella pertenece y entre en una esfera de vida totalmente nueva.

Dos esferas opuestas.

Estas dos esferas están claramente nombradas y definidas.

> "Porque así como *en Adam* todos mueren, así también *en Cristo* todos serán vivificados." (1 Cor. 15.22.)

Dios ha tratado con toda la especie humana mediante dos hombres representativos: Adam y Cristo. Adam es la fuente de todo lo que hay en la vieja esfera; Cristo, es la fuente de todo lo que hay en la nueva. Por Adam, entró el pecado en el mundo; por Cristo, vino la salvación a todos los hombres; el pecador está en Adam; el creyente está en Cristo.

"En Adam", somos lo que somos por natura-

leza; "en Cristo", somos lo que somos por gracia. "En Adam", tenemos la vida recibida por generación humana; "en Cristo", tenemos la vida recibida por regeneración divina. "En Adam", fué arruinado el hombre por el pecado del primer hombre; "en Cristo", es redimido el hombre por el sacrificio del Segundo Hombre. "En Adam", todo es pecado, tinieblas y muerte; "en Cristo", todo es justicia, luz y vida.

Estas dos esferas son la completa antítesis, una de otra, de modo que la vida en una hace imposible la vida en otra. Todo ser humano está en una de estas dos esferas y la relación en que se encuentra respecto a Cristo determina la esfera en que está.

La marca característica de cada esfera.

Estas dos esferas se distinguen fácilmente, porque cada una de ellas tiene su marca inconfundible.

> "Porque los que viven *conforme a la carne*, de las *cosas que son de la carne* se ocupan; mas los que *conforme al espíritu, de las cosas del espíritu.*" (Rom. 8.5.)
>
> "Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él. (Rom. 8.9.)

La marca de la esfera vieja es la "carne", y la de la nueva, el "Espíritu". El pecador "en Adam", está en la carne; el creyente "en Cristo", está en el Espíritu. La carne y el Espíritu son enemigos irreconciliables en campos totalmente diversos.

> "Porque *la carne codicia contra el Espíritu*, y *el Espíritu contra la carne*, y *estas dos cosas se oponen la una a la otra*, para que no hagáis lo que quisiereis." (Gal. 5.17.)

El hombre vino a ser "carne" por el pecado de Adam.

> "Y dijo Jehová: No contenderá mi Espíritu con el hombre para siempre, *porque en su extravío se han hecho carne.*" (Versión revisada.) (Gen. 6.3.)

La carne es el hombre natural entero, espíritu, alma y cuerpo, separado de Dios. Es la vida de la naturaleza, buena o mala, recibida mediante generación humana. Es *todo* lo que soy como hijo de Adam.

> "Lo que es nacido de la carne, carne es." (Juan, 3.6.)

Dios no ve nada bueno en la carne. Aun el mejor producto que la generación física puede dar, Dios lo rechaza.

> "Y yo sé que en mí (*es a saber, en mi carne*), no mora el BIEN, porque tengo el que-

rer, mas efectuar el bien no lo alcanzo." (Rom. 7.18.)

La estimación que Pablo hace aquí de la carne, es inspirada por Dios, como tendrá que admitirlo quien conozca la alta estima de sí mismo que él había tenido en otro tiempo. (Fil. 3.4-6). Por generación humana, Pablo había sido ricamente dotado. En Pablo la "carne" era carne educada, cultivada, moral, hasta religiosa; pero era, con todo ello, inaceptable para Dios. Así que no hay más que una actitud que Dios pueda tomar respecto a la carne, y es la de condenarla y rechazarla. Dios se niega a tratar con la carne en ningunas condiciones, porque ella le es irremediablemente desagradable.

"Los que están en la carne, *no pueden agradar a Dios.*" (Rom. 8.8.)

La regeneración abre al creyente el camino para entrar en la esfera del Espíritu. En el nuevo nacimiento, el Espíritu Santo vivifica el espíritu humano y después hace de él su morada.

"Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es." (Juan, 3.6.)

El reinado del hombre viejo.

En cada una de estas esferas hay un soberano que se propone reinar con autoridad no disputada.

"A que dejéis, cuanto a la pasada manera de vivir, *el viejo hombre que está viciado* conforme a los deseos de error." (Ef. 4.22.)

"No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del *viejo hombre con sus hechos.*" (Col. 3.9.)

El soberano de la vieja esfera es "el viejo hombre". El corazón mismo de la carne es esta naturaleza corrompida, llamada "el hombre viejo", que es un traidor consumado que aborrece todo lo que Dios ama y ama todo lo que Dios aborrece.

La expresión "el viejo hombre" no se usa más que tres veces en la *Biblia*: en Ef. 4.22, Col. 3.9 y Rom. 6.6. Tiene su equivalente en el "yo" de Gál. 2.20, y en la palabra "pecado" en Romanos 6. El término comúnmente usado es "yo". Por la caída del primer Adam, el "yo" usurpó el trono de la personalidad del hombre y lo ha mantenido en su posesión, dominio y uso desde entonces. Todo niño viene al mundo con el REY YO en el trono, hecho que se manifiesta a menudo antes de que sepa andar o hablar.

"El viejo hombre" en el trono, determina lo que ha de ser toda la vida desde el centro a la circunferencia. Sus malos deseos se tornan en malas obras; sus aspiraciones profanas se traducen en actos no santos; su carácter injusto se manifiesta en conducta injusta; su voluntad impía se expresa en obras impías. La raíz "pecado" produce fruto en los "pecados".

Destronamiento del viejo hombre.
Crucifixión con Cristo.

La inmensa mayoría de los cristianos, en su experiencia de las bendiciones de la salvación, se detienen en el perdón de los pecados y en la esperanza del Cielo para el porvenir. Pero el presente es para ellos como un viaje de cuarenta años por el desierto lleno de fútiles rodeos, sin gozar nunca de paz ni descanso, sin llegar nunca a la tierra de promisión.

Pocos están dispuestos a admitir que "el viejo hombre" es el que se sienta en el trono y gobierna todo el ser con poder despótico. Aun entre los cristianos existe una ignorancia supina de la obra insidiosa y sutil del viejo "yo", y una gran indiferencia en cuanto a ella. Si la vida está libre de las obras más groseras de la carne, el individuo descansa en una complaciente sensación de bondad, sin darse la menor cuenta de lo ofensivo que son a Dios los más refinados y menos manifiestos pecados del espíritu. ¡Qué pocos están dispuestos a decir: "Yo sé que *en mí* no mora el bien"!

Detengámonos, pues, un momento para tomar una fotografía de cuerpo entero de este deforme "yo", y veamos si nos sentimos obligados a aceptar el juicio que Dios hace de él y a consentir en ser libertados de su dominio por el método que Dios propone. El fundamento de la vida en el hombre natural, es cuádruple: voluntad propia, amor

propio, confianza propia y exaltación propia; y sobre estos cimientos se levanta una construcción que es un inmenso "Yo", con mayúscula. Vida que gira alrededor del "yo", afirmación de sí mismo, orgullo de sí mismo, indulgencia consigo mismo, complacencia consigo mismo, buscar lo suyo, compadecerse de sí mismo, sensibilidad para lo suyo, defensa de lo suyo, suficiencia propia, conciencia de lo propio, justicia propia, vanagloria de lo propio, éstos son los materiales con que se levanta el edificio.

¿Es la descripción anterior verdadera, o falsa? Al mirar dentro de nuestras propias vidas, ¿hay alguno de nosotros que no se sienta obligado a confesar que, en mayor o menor grado, todas estas manifestaciones del "yo" se han encontrado alguna vez en ellas? Todos y cada uno de nosotros sabemos qué monstruo de siete cabezas es ese viejo "yo". Lutero lo sabía y decía: "Tengo más miedo a mi propio corazón que al Papa y a todos sus cardenales. Dentro de mí llevo el gran Papa "Yo".

¿Qué, pues, habrá de hacerse con este osado usurpador del lugar que pertenece a Dios? Dios ha declarado muy llanamente lo que El ha hecho ya con él. El no tiene más que un lugar para "el viejo hombre", y es la cruz; y sólo un plan para acabar con su despótico dominio, y es el de crucificarlo con Cristo.

"Sabiendo esto, que *vuestro viejo hombre juntamente fué crucificado con Cristo*, para

que el cuerpo del pecado sea deshecho, a fin de que no sirvamos más al pecado." (Rom. 6.6.)

"Con Cristo he sido crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se dió a sí mismo por mí." (Gál. 2.20.) (Versión Hispano-Americana.)

Dos hechos se exponen aquí claramente: primero, que la crucifixión de "el viejo hombre" es un hecho ya realizado; y segundo, que es una co-crucifixión. Observad los tiempos de los verbos: "fué crucificado", "he sido crucificado", pretéritos de pasiva. La crucifixión judicial de "el viejo hombre" tuvo lugar hace siglos. Aunque no hubiera ni una sola alma que aceptara este hecho glorioso de que toda la vieja creación en Adam fué llevada a la cruz y crucificada allí con Cristo, es un hecho tan gloriosamente cierto como el hecho de que Cristo mismo fué crucificado.

Tanto para librarnos de los pecados, como para librarnos del "yo", la cruz es el único lugar que Dios ha provisto. Tan cierto como que "Cristo llevó mis pecados en su propio cuerpo sobre el madero", es cierto también que "mi viejo hombre fué crucificado con Cristo" allí. Si acepto por la fe uno de estos hechos y obro de acuerdo con él, debo aceptar, para ser consecuente, el otro hecho y obrar también de acuerdo con él.

La liberación de la antigua esfera "en Adam" y la entrada en la nueva esfera "en Cristo", exige el destronamiento del yo. Ninguna casa puede hospedar a dos señores. Si el Señor Jesús va a ocupar el trono y a reinar sobre la personalidad humana, entonces "el viejo hombre" tiene que abdicar. Eso no lo hará nunca. Dios tiene, por lo tanto, que tratarlo sin contemplaciones. Es un usurpador a quien Dios ha juzgado y sentenciado a muerte. La sentencia se cumplió en la cruz del Calvario. Dios ahora declara a toda persona que clama por librarse de la tiranía del "yo", que "el viejo hombre fué crucificado con Cristo". ¿Lo crees tú?

El segundo hecho que estos versículos exponen muy claramente, es que se trata de una co-crucifixión. Nuestro "viejo hombre" fué crucificado *con Cristo*. Esto declara la manera y el tiempo de la crucifixión. Hay a menudo confusión sobre este punto.

Pablo dice: "He sido crucificado *con Cristo*". No trató él de crucificarse a sí mismo, ni tuvo lugar su crucifixión en algún punto especial de su experiencia espiritual y mediante algún acto de su parte. No tuvo lugar en Damasco, o Arabia, ni aun cuando fué arrebatado al tercer cielo. La muerte del viejo "yo" tuvo lugar en la cruz, cuando Cristo murió en ella.

La comprensión de esta verdad se facilita si recordamos que Dios ve a cada persona o "en Adam" o "en Cristo". Dios trata con el género humano me-

diante estos dos hombres representativos. Cuando Adam murió, toda la raza humana murió en él. Vosotros moristeis en Adam. Yo también. Mediante aquella muerte espiritual, vino a la vida "el viejo hombre" y usurpó el lugar de Dios en el trono de la vida humana. Pero Cristo vino como el postrer Adam, con objeto de recobrar para Dios y para la raza humana todo lo que se había perdido para ellos mediante el primer Adam. Cristo murió y con El murió la raza de pecadores. El viejo "yo" en vosotros y en mí, fué judicialmente crucificado con Cristo. "Vosotros fuisteis muertos", y vuestra muerte data de la muerte de Cristo.

La perfección de la gracia de Dios se manifiesta de una manera maravillosa en este hecho glorioso de la co-crucifixión: el pecador con el Salvador en la cruz. Se necesita únicamente la perfección de la fe del hombre para que aquel hecho venga a ser una realidad gloriosa en la experiencia espiritual del creyente.

IV

LA ELECCIÓN DEL CRISTIANO: YO O CRISTO

Hay dos clases de cristianos, fácilmente identificadas y claramente distinguidas la una de la otra. Tal vez se pregunte: ¿Cómo pueden brotar de un mismo manantial dos arroyos que fluyen en direcciones tan opuestas? Tenemos que encontrar respuesta a esta pregunta si decidimos ser cristianos espirituales y vivir consecuentemente como tales.

La coexistencia de dos naturalezas en todo creyente.

Todo cristiano tiene conciencia de un dualismo dentro de sí. Una parte de él quiere agradar a Cristo; la otra parte, desea satisfacer las exigencias del "yo". Una parte de él, anhela el reposo de la tierra prometida; la otra parte, codicia las cebollas, los ajos y los puerros de Egipto. Una parte de él, hecha mano de Cristo; otra parte de él, se agarra al mundo. Hay una ley de gravitación que le atrae al pecado, mientras otra ley contraria le atrae hacia Cristo.

La explicación que la Escritura nos da de este dualismo, es que cada creyente tiene dentro de sí dos naturalezas: la naturaleza pecadora, de Adam, y la naturaleza espiritual, de Cristo. La primera Epístola de Juan nos explica claramente esta verdad.

> "*Si dijéremos que no tenemos pecado,* nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros." (1 Juan 1.8.)

Si algún cristiano, por desarrollado que esté, dice que no tiene pecado y que se ha libertado completamente de su vieja naturaleza, se engaña a sí mismo. No engaña a su familia, ni a sus amigos, y menos aún a Dios. No engaña a nadie más que a sí mismo. En el versículo siguiente tenemos la provisión que Dios ha hecho para nuestros pecados.

> "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad." (1 Juan 1.9.)

Los "pecados" y la "maldad" de que aquí se habla son los de los santos.

Si no hubiera pecado, el creyente no podría pecar. Todo arroyo, por débil que sea, ha de tener alguna fuente. El apóstol Juan sabía bien que algunas personas que anhelaban santidad serían tentadas a ir más allá de lo que la Escritura enseña, y por eso usa lenguaje muy radical por vía de amonestación.

> "Si dijéremos que no hemos pecado, *lo hacemos a él (a Dios) mentiroso, y su palabra no está en nosotros.*" (1 Juan 1.10.)

Los pecados groseros y carnales pueden haber desaparecido de nosotros; pero, ¿qué de los pecados es-

condidos del espíritu, del juzgar severamente de otros, de la irritabilidad secreta, de la actitud torcida, del pensamiento poco caritativo? Y, además, ¿qué de los pecados de omisión? Me amedrenta más el versículo 17 del capítulo 4 de Santiago que ningún otro versículo de la Biblia. Me dice que el pecado está no solamente en un acto o en una actitud, sino en *una ausencia*. Es no hacer lo que sé que debo hacer. ¿Quién, pues, estará sin pecado?

En todo cristiano está aquella vieja naturaleza que no puede hacer otra cosa que pecar. Es inherente a ella una triple incapacidad: ni puede conocer a Dios, ni puede obedecerle, ni puede agradarle. Por nacimiento natural poseemos esta naturaleza desconocedora de Dios, enemiga de Dios, desagradable a Dios, siempre inclinada a complacer y glorificar al "yo".

En todo creyente hay, por otro lado, una nueva naturaleza que no puede pecar. Inherente a ella hay una triple capacidad: puede conocer y conoce a Dios, le obedece y le agrada; por nacimiento espiritual poseemos esta naturaleza conocedora de Dios, obediente a Dios y agradable a Dios, que se inclina a complacer y glorificar a Cristo.

Estas dos naturalezas cohabitan en todo creyente durante toda su vida. Juan escribía a los creyentes como si esperara que ellos no pecaran porque tenían esta naturaleza dada por Dios.

> "Hijitos míos, estas cosas os escribo, *para que no pequéis.*" (1 Juan 2.1.)

Sin embargo, hizo provisión para el caso de que pecaran, porque tenían esta naturaleza engendrada del diablo.

> "Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo." (1 Juan 2.1.)

Dios no hace tentativa alguna para mejorar esta vieja naturaleza, porque es incorregible; ni para dominarla, porque es irreconciliable; ni para desarraigarla, porque tiene una manera mucho más maravillosa de vencerla.

El conflicto de estas dos naturalezas en todo creyente.

La coexistencia de estas dos naturalezas diametralmente opuestas en una persona trae inevitablemente lucha. Es la lucha secular entre Satanás y Cristo entablada en la vida del cristiano. La lucha está personalizada en el capítulo 7 de Romanos. Cristo había entrado en la vida de Pablo para poseerla y dominarla. Pero otro le disputaba su derecho. El capítulo 7 de Romanos es la descripción de un hombre despedazado por este conflicto y confundido y descorazonado hasta lo indecible.

Es ésta la lucha que hace tambalearse a más de un cristiano joven y produce a menudo un eclipse total de fe o una gradual regresión hacia el mundo. Tomó el primer paso en la vida cristiana porque su conciencia había sido despertada para darse cuenta de la

maldad de sus obras. Lo que más le afectaba eran sus *pecados*. Buscó a Cristo como su Salvador para poder obtener perdón de pecados. Al darse cuenta del perdón experimentó gran gozo y comenzó a dar testimonio de Cristo. Pero pronto se encuentra a sí mismo haciendo otra vez las mismas cosas; persisten los malos hábitos; lo que es peor aún, decrece el gozo de Cristo, el corazón se enfría y acaba por desalentarse completamente.

Pero su amor a Dios no se ha apagado del todo. Hay algo en él que clama por Dios, a la vez que hay algo también que disputa pulgada a pulgada los derechos y el dominio de Dios. Lucha contra el pecado, pide a Dios que le liberte y hace todos los esfuerzos de que es capaz para conseguir la victoria. Llega a un punto en que dice: "¿Vale la pena?" Un día, al borde mismo de la desesperación, clama pidiendo socorro: "¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?"

Lo que parece una completa caída es en realidad la hora de su liberación. Tenía que llegar al capítulo 7 de Romanos antes de entrar en el capítulo 8. ¿Estás tú viviendo todavía en el capítulo 7? ¿Quieres saber el camino de salida?

La victoria sobre la vieja naturaleza.

Dios nos ha dado instrucción clara y definida acerca de la parte que a nosotros nos corresponde en el destronamiento del "yo".

Debemos condenar la carne.—Dios condena la carne como completamente pecadora. No ve "bien" en ella. Hemos de aceptar el juicio que Dios hace de la carne y obrar en conformidad con él. Esto parece fácil, pero es muy difícil. La norma de Dios es muy estricta. El dice que en la carne no mora "el bien", en ninguna parte de ella, del centro a la circunferencia. El condena sus más internos deseos (Ef. 2.3) y sus obras exteriores (Col. 3.9.) El primer paso que Pablo dió hacia la vida en el plano más alto fué condenar la carne y "no tener confianza" en ella (Fil. 3.3-4).

Pero nosotros tenemos confianza en la carne. La dividimos en buena y mala. Ciertas cosas de la carne las condenamos como pecaminosas, otras las admitimos como debilidades; pero hay otra considerable porción de la carne que tenemos en alta estima y en la cual confiamos sin reserva. Hacemos una sección transversal de la carne, buena y mala juntamente, y pensamos que la parte buena alcanza una proporción bastante aceptable.

Pero sometamos la carne a un examen. Tomad la cosa que puede hallarse en la vida humana más semejante a lo divino, que es el amor, y colocad la parte más pura que haya de él en vuestra vida junto a lo que se describe en 1 Cor. 13, que es el amor procedente de Dios. ¿Es vuestro amor siempre longánime sin rastro de impaciencia o irritabilidad? ¿Es siempre amable sin rudeza ni descortesía? ¿No busca nunca lo suyo por egoísmo o envidia?

¿Se abstiene siempre de pensar mal y está siempre libre de suspicacia y falta de caridad? ¿No ha fallado vuestra carne nunca bajo esta prueba divina? Dios nos pide que condenemos aún la parte mezclada de nuestra carne como inmunda e indigna de confianza.

Debemos consentir en la crucifixión del viejo hombre.—Dios ha crucificado ya al hombre viejo, pero nosotros debemos dar nuestro cordial asentimiento a aquella medida y considerarla como un hecho consumado. Este es el segundo paso que Pablo dió hacia la vida en el plano superior. El dijo: "Yo he sido crucificado con Cristo." (Gal. 2.20.)

¿Has consentido en tu crucifixión con Cristo? No ha de haber reservas, ni se ha de retener una parte del precio. Todo el "yo" debe tenerse por crucificado. Dios os pide que firméis esta declaración: "He sido crucificado con Cristo." Si no lo habéis hecho nunca, ¿queréis hacerlo ahora?

Hemos de cooperar con el Espíritu Santo en la obra de mantener crucificado al hombre viejo.—Lo que Cristo ha hecho posible para nosotros, el Espíritu Santo lo hace real dentro de nosotros, pero solamente con nuestra inteligente cooperación. Dios dice muy claramente cuál es nuestra parte.

(1) Teneos por muertos para el pecado.

"Así también, *vosotros teneos por muertos para el pecado*, pero vivos para Dios en Cris-

to Jesús Señor nuestro." (Rom. 6.11.) (Versión Hispano-Americana.)

Mediante la crucifixión del viejo hombre el creyente es libertado del poder del pecado y rescatado del dominio del pecado. Todo derecho del pecado sobre él ha quedado anulado, y él ha venido a ser muerto para el pecado. La gracia ha hecho de esto una realidad cumplida; la fe lo convierte en una realidad experimental. Mediante la gracia, el viejo hombre ha sido clavado en la cruz y sepultado en la tumba; mediante la fe se le mantendrá en tal estado. Cuando el cristiano se tiene por "muerto para el pecado", el Espíritu Santo hace que realmente lo esté; y en tanto que continúa teniéndose por tal, el Espíritu Santo continúa haciendo que ello sea un hecho real.

(2) No proveáis para la carne.

"Antes bien, vestíos del Señor Jesucristo, *y no proveáis para las concupiscencias de la carne.*" (Rom. 13.14.) (V. H.-A.)

Sin embargo ,todos los días y a todas horas estamos proveyendo a la renovación de la vida de la carne, alimentándola con las cosas que la engordan. Proveemos para la carne por los libros que leemos, por los placeres que nos permitimos, por las compañías que guardamos, por los propósitos que seguimos. ¿Empleas horas y horas en la lectura de novelas, extrañándote después de que no tengas

gusto para la Biblia? El Espíritu Santo vive de alimento espiritual. ¿Estás matando de hambre tu naturaleza espiritual por querer alimentarla con algarrobas? ¿Estás intentando alimentar el Espíritu Santo con el teatro, el cine, el baile o el tresillo? ¿Son de tal carácter tus amigos más íntimos que te debilitan espiritualmente? ¿Es tu objetivo en la vida hacer dinero y dedicas todas tus fuerzas y tiempo a conseguirlo? Si es así, no te extrañe que tu espíritu esté débil.

"Porque *el que siembra para la carne, de la carne segará corrupción;* mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna." (Gal. 6.8.)

La ley de siembra y siega es tan inexorable en el dominio espiritual como en el material. Si sembramos para la carne, segaremos lo que es carnal. Para qué estás sembrando, ¿para la carne o para el espíritu?

"Porque los que son carnales *ponen la mira en las cosas de la carne;* mas los que son espirituales, en las cosas del espíritu." (Rom. 8.5.) (Versión Hispano-Americana.)

"Ponen la mira" es una expresión enérgica. ¿En qué pones tu mira y con qué cosas se ocupa habitualmente tu mente? ¿Pones la mirada en los vestidos o en la cuenta del Banco? Somos responsables

de la dirección que toman nuestros pensamientos. ¿En qué cosas pones la mira?

> "Para que la justa demanda de la ley se cumpliese en nosotros, *que no andamos según la carne, sino según el espíritu.*" (Rom. 8.4.)

El mundo juzga a un cristiano en muy gran parte por su conducta. Pero, ¿qué pensará el mundo de un cristiano que anda con él seis días a la semana y se separa de él el tiempo necesario para asistir al culto el domingo?

Tal vez habréis dado el primer paso en la vida cristiana aceptando a Cristo como vuestro Salvador. Visteis la necesidad de escoger o vuestro pecado o al Hijo de Dios, y escogisteis a Cristo como Salvador vuestro. Pero desde aquella hora vuestra vida ha sido un largo viaje a través del desierto sembrado de derrotas y desalientos. Estáis cansados de todo ello y vuestro corazón clama por paz, reposo y victoria. ¿Estás dispuesto a dar el segundo paso? Dios pone delante de ti otra elección: el "yo" o Cristo. Cristo es tu Salvador. ¿Quieres que El sea también tu Señor?

¡Qué dolor y qué vergüenza
Que algún tiempo pudo haber
En que a la bondad de Cristo,
Rogando una y otra vez,
Altivo y duro dijera:
Sólo mío, nada tuyo quiero ser!

Mas El me buscó y hallóme;
En la cruz le contemplé;
Le oí pedir a su Padre
Perdón a mi insensatez,
y murmuré conmovido:
Algo mío y algo tuyo quiero ser.

Su tierna misericordia
Con paciencia y con poder
Me salvó día tras día,
Me colmó de todo bien,
Hasta que humillado, dije:
Menos mío, más y más tuyo seré.

Alto más que el firmamento,
No se puede comprender
Tu amor, con que has conquistado,
Oh, Señor, todo mi ser.
Y ahora es mi súplica ardiente:
Nada mío, todo tuyo quiero ser.

V

CRISTO NUESTRA VIDA

Cristo desea ser, no sólo nuestro único Salvador y Señor, sino también la Vida misma de nuestra vida. Para ello Dios ha hecho amplia provisión mediante la resurrección y ascensión de Cristo.

Creación del nuevo hombre: Co-resurrección con Cristo.

La muerte es la puerta que da entrada a la vida. La co-crucifixión abre la puerta que lleva a la co-resurrección. La identificación con Cristo en su muerte y sepultura no es sino el comienzo de la unión del creyente con Cristo en una vida que no tendrá fin.

> "Porque si estamos *unidos con él en la semejanza de su muerte*, lo estaremos *también en la de su resurrección.*" (Rom. 6.5.)
>
> "Y si *hemos muerto con Cristo*, creemos que *también viviremos con él.*" (Rom. 6.8.) (Versión Hispano-Americana.)

La identificación con Cristo en su vivificación, resurrección y ascensión introduce al creyente en una nueva esfera y da comienzo a la vida del hombre nuevo.

> "Pero Dios, que siendo rico en misericordia, por su mucho amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en nuestras ofensas, *nos dió vida juntamente con Cristo* (por gracia, sois salvos), *con él nos resucitó, y con él nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús.*" (Ef. 2.4-6.) (V. H.-A.)
>
> "*Y vestir el nuevo hombre* que es criado conforme a Dios en justicia y en santidad de verdad." (Ef. 4.24.)

¡"Juntamente con Cristo" en la cruz, en el sepulcro y en los lugares celestiales! Así puede el Señor exaltado hacer partícipe a cada cristiano de la victoria de su muerte, del poder de su resurrección y de la plenitud de la vida glorificada.

La nueva esfera: El creyente en Cristo.

Tan pronto como un pecador arrepentido pone su confianza en Cristo como Salvador, sale de la vida "en Adam" y entra en la vida "en Cristo". A través de las edades venideras estará "en Cristo". Nunca comprenderemos las epístolas de Pablo si no comprendemos esta expresión: "en Cristo". Es la clave de todo el Nuevo Testamento. Esta frase u otras equivalentes se usan ciento treinta veces. Estas dos palabras son las más importantes entre todas las que se han escrito para describir la relación mutua entre el cristiano y Cristo.

Estar "en Cristo" determina la posición, privi-

legios y posesiones del cristiano. Porque estar "en Cristo" es estar donde El está, ser lo que El es, participar de lo que El tiene.

Estar "en Cristo" es estar donde El está. Pero Cristo está en los lugares celestiales; por lo tanto, allí está el verdadero hogar del cristiano. Es un peregrino en la tierra, porque su ciudadanía verdadera está en el cielo.

> "Pues *nuestra ciudadanía está en el cielo*, de donde también aguardamos a un Salvador, al Señor Jesucristo." (Fil. 3.20.) (V. H.-A.)
>
> "Porque *no tenemos aquí ciudad permanente*, mas buscamos la que está por venir." (Heb. 13.14.)

Vuestro domicilio actual es solamente una parada en un viaje, y, sin embargo, algunos de nosotros hacemos planes para nuestra morada terrena como si fuéramos a vivir aquí para siempre. Vuestro corazón está puesto en las cosas de la tierra en lugar de estarlo en las celestiales.

> "Si habéis, pues, resucitado con Cristo, *buscad las cosas de arriba*, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. *Poned la mira en las cosas de arriba*, no en las de la tierra." (Col. 3.1-2.)

Tal vez dirá alguno: "Este es un ideal demasiado alto para mí; no sólo es irrealizable, sino que

carece de atractivo. Soy de esta tierra y de este mundo. ¿Por qué no he de vivir como lo que soy y disfrutar de la vida presente, dejando los goces del cielo para cuando llegue allá?" Así razona un gran número de cristianos y su vida está en plena armonía con su razonamiento.

¿No necesitamos irnos aclimatando a nuestro hogar eterno en el cielo? Si la atmósfera celestial me ahoga aquí, ¿qué será cuando esté yo allá? Si los placeres y propósitos celestiales carecen de atractivo para mí ahora, ¿cómo me parecerán entonces? Hay música en el cielo, pero no es la del *jazz;* hay allí placeres, pero no los del baile, la mesa de juego o el cine; hay propósitos allá, pero no los de hacer dinero o adquirir renombre. Si mi corazón no puede soportar ahora la actitud más elevada de la vida en los lugares celestiales, ¿cómo los soportará entonces? Es la intención de Dios para vosotros y para mí que empecemos la vida del cielo ahora.

Estar "en Cristo" es estar donde Cristo está. Cristo, la Cabeza del cuerpo, y el cristiano, que es un miembro del mismo cuerpo, tienen una misma vida. La sangre del cuerpo humano es su vida. La sangre que tengo ahora en la cabeza estará muy pronto en el brazo. Es la misma sangre. Así, la vida que está en Cristo en los lugares celestiales, es la misma vida que está en el cristiano en la tierra.

> "En esto es perfecto el amor con nosotros, para que tengamos confianza en el día del

juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo." (1 Juan 4.17.)

Tan envueltos estamos por el Señor Jesús que Dios *no* puede ver a Cristo hoy sin vernos a nosotros. En este momento, cuando Dios mira a su Hijo, os ve a vosotros y a mí. Y lo que su Hijo es, eso ve El que somos nosotros y yo.

Estar "en Cristo" es participar de lo que Cristo tiene. Todo lo que Cristo posee nosotros lo poseemos. Toda bendición espiritual en El, gozo, paz, victoria, poder, santidad, es vuestra *aquí* y *ahora*. Si somos hijos de Dios, somos también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo, de modo que todo lo que el Padre ha dado a su Hijo, el Hijo lo comparte con nosotros.

> "Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual nos bendijo con *toda bendición espiritual* en lugares celestiales en Cristo." (Ef. 1.3.)
>
> "El que aun a su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, *¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?*" (Rom. 8.32.)

¿Crees que eres un millonario espiritual? ¿Vives como tal? Tal vez conoces a algunos millonarios de Hong-Kong. Toda su manera de vivir revela el hecho de que son ricos. ¿Vivís como millonarios espirituales, de tal modo que otros codicien vuestra riqueza espiritual? La mayor parte de nosotros vivimos como mendigos espirituales.

La nueva creación: Cristo en el creyente.

Cuando el Espíritu Santo engendró una nueva naturaleza en el creyente, abrió la puerta a una unión viviente, orgánica entre el cristiano y Cristo. Cristo y el cristiano son, pues, una cosa para siempre. ¿Qué es, pues, ser cristiano? Es tener en nosotros el Cristo glorificado en presencia y poder actual.

> "Con Cristo he sido crucificado; y *ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí;* y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se dió a sí mismo por mí." (Gál. 2.20.) (V. H.-A.)

Cristo vive en mí.

¿Puedes tú decirlo? Pablo podía. Pero observad el orden de sus palabras. Primero, "he sido crucificado con Cristo"; después, "Cristo vive en mi". El destronamiento del "yo" precede y abre paso a la entronización de Cristo.

Ser cristiano es tener a Cristo como Vida de nuestra vida, de tal manera y hasta tal punto, que podamos decir con Pablo: "Para mí el vivir es Cristo." Esto significa que Cristo vive ahora en vosotros en Hong-Kong tan verdaderamente como

vivió en un tiempo en Capernaum o en Caná. ¿Vive realmente?

Ser cristiano significa que la divina semilla que fué plantada en lo más íntimo de nuestro espíritu cuando nacimos de nuevo, florece produciendo una conformidad cada vez mayor de nuestra vida con la vida perfecta de Cristo. Es ser diariamente "transformado a su imagen, de gloria en gloria". ¿Estás tú siendo transformado de este modo?

Ser cristiano es tener a Cristo como Vida de nuestra voluntad. Es tener a Cristo llenando nuessea El quien piense mediante nuestra mente, ame mediante nuestros corazones y quiera mediante nuestra mente, corazón y voluntad, de modo que tra vida en medida siempre creciente hasta que no haya vida aparte de El. ¿Te llena El así?

Pero me parece oír a algún moderno Nicodemo que dice: ¿Cómo puede esto hacerse? ¿Cómo puedo vivir tal vida en mi hogar donde no encuentro auxilio ni simpatía, sino más bien ridículo, y donde por tanto tiempo he vivido una vida de derrota? ¿Cómo puedo vivir una vida consecuente en el círculo de mis relaciones sociales, invadido por la mundanalidad y la maldad y donde nunca se menciona a Cristo ni aun se piensa en El? ¿Cómo puedo vivir una vida espiritual en un lugar de negocios donde todos a mi alrededor viven completamente para la carne? ¿Cómo pudo vivir en el plano más alto en mi iglesia que es mundana y

modernista, y donde no encuentro alimento y enseñanza espiritual?

No, tú no puedes vivir esta vida, pero Cristo puede. CRISTO EN NOSOTROS puede vivir esta vida en cualquier parte y en todas partes. El la vivió en la tierra en un hogar donde fué mal comprendido y mal juzgado; entre gente que le ridiculizó, se burló de El, se le opuso y por fin le crucificó. Todo el objeto de mi mensaje en esta noche es mostrar que no somos nosotros los que tenemos que vivir esta vida, sino que Cristo quiere y puede vivirla en nosotros.

Esta es la verdad que Cristo enseñó en germen en la última plática que tuvo con sus discípulos antes de su muerte. Les había dicho que iba a irse de ellos y ellos estaban pensando cómo podrían jamás vivir sin El. Pero El les aseguró que estaría con ellos en una presencia espiritual mucho más vital y real que la relación que con El habían tenido hasta entonces. La vida de la Vid iba a ser la vida de los sarmientos.

> "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí, y *yo en él*, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí, nada podéis hacer." (Juan 15.5.) (V. H.-A.)

Después de haberles enseñado esto, se lo inculcó más profundamente con su oración. Fué ésta la idea central de su oración intercesora.

"Yo les dí a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún; para que el amor con que me amaste esté en ellos, y *yo en ellos.*" (Juan 17.26.) (V. H.-A.)

¿Habéis pensado bien en las tres últimas palabras de esta oración? "Yo en ellos." En estas sencillas pero significativas palabras alienta el deseo más profundo del corazón de Cristo respecto de los suyos. Es su deseo ardiente de reencarnarse en el cristiano.

Pablo echó mano de esta gloriosa verdad y ella le agarró a él. Está entretejida en la trama y urdimbre de su experiencia, de su predicación y de su servicio misionero.

"Cristo vive en mí" y "para mí el vivir es Cristo" marcan la cima de su experiencia personal. No había nada por encima de esto para Pablo. Esto era para él la vida en el plano más elevado.

"Cristo en vosotros" era el corazón de su mensaje a las iglesias. Sonaba con la claridad de un toque de clarín en toda la predicación y enseñanza de Pablo.

"A quienes plugo a Dios dar a conocer cuáles son las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles: *que es Cristo en vosotros* la esperanza de gloria." (Col. 1.27.) V. H.-A.)

"Cristo en vosotros" era la pasión de todo el servicio misionero de Pablo. El apóstol no tenía más que un objetivo y una meta en todas las formas de trabajo que hacía: que Cristo fuera formado en cada convertido.

"Hijos míos, por quienes otra vez estoy de parte, *hasta que Cristo sea formado en vosotros.*" (Gál., 4.19.)

Cristo es el centro del cristiano; Cristo es la circunferencia del cristiano; Cristo es todo lo que hay desde el centro hasta la circunferencia. Como Pablo dijo, "Cristo *es* el todo y *en* todos". Cristo es la Vida de nuestra vida.

"Cuando Cristo, *vuestra vida*, se manifestare, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria." (Col. 3.4.)

¿Es El esto para ti?

Una unión perfecta.

La historia espiritual de todo cristiano podría escribirse en dos frases: "Vosotros en mí" y "Yo en vosotros". A los ojos de Dios, Cristo y el cristiano vienen a ser una cosa de tal modo que Cristo está en los lugares celestiales y a la vez en la tierra, y el cristiano está en la tierra y a la vez en los lugares celestiales. Cristo en los lugares celestiales

es la parte invisible del cristiano. El cristiano en la tierra es la parte visible de Cristo. Este es un pensamiento que nos asombra. Su significación sencilla es que vosotros y yo tenemos que traer a Cristo del cielo a la tierra para que los hombres vean lo que El es y lo que El puede hacer en una vida humana. Es tener la vida de Cristo vivida en nosotros en tal plenitud que viéndole a El en nosotros, los hombres sean atraídos a creer en El y a amarle.

Pero me parece oír a algún Tomás escéptico que dice: "Si no viere a alguno que vive esta vida de Cristo no creeré." Pues bien, yo creo porque lo he visto.

Por varias semanas viví en una casa de huéspedes dirigida por una mujer pequeña y flaquísima. Se mantenía algo derecha gracias a un soporte que le sostenía la espalda. Había vivido en el tercer piso de la casa durante dos años sin más perspectiva que el cielo azul y un cuadro de césped en la plaza a la cual daba su ventana. Pero sus ojos brillaban como estrellas, iluminaba su rostro una sonrisa que la aflicción y las adversidades no podían quitar, y se reflejaba en su semblante un resplandor que nunca se ve en la tierra o mar, sino allí donde la Luz del mundo alumbra con brillo no oscurecido por nada. Cristo era la Vida de su vida.

Un hombre de negocios cristiano estaba muriendo de cáncer. Sus amigos iban a animarle y salían con la sensación de haber llegado hasta la misma

puerta del cielo y haber visto al Rey en su hermosura. Cristo era la Vida de su vida en la enfermedad como lo había sido en la salud.

Un joven chino cristiano que se había convertido de una vida muy impía y malvada y llevaba menos de dos años de vida cristiana, vino a visitarme un día. Cuando se fué, un caballero que lo vió un momento nada más, dijo: "¿Quién era ese joven? Nunca he encontrado una persona que tan instantáneamente me obligara a pensar de Cristo como él." Cristo había venido a ser la Vida de su vida.

¿El es la Vida de tu vida? ¿Puedes tú decir verdaderamente: "Cristo vive en mí"; "para mí el vivir es Cristo"?

Un Hombre hay en la gloria
Que vive para mí;
Es puro, santo y fuerte,
Poderoso adalid.
Su amor y su ternura
No se pueden medir.
Su vida allá en la gloria
Será mi vida aquí.

Un Hombre hay en la gloria
Que vive para mí;
A Satán ha vencido,
obligándole a huir.

Vive y reina supremo
Con realeza sin fin,
Y su vida en la gloria
Será mi vida aquí.

Un Hombre hay en la gloria
Que vive para mí;
Dolencias y flaquezas
No le pueden herir;
De fortaleza lleno,
Es potente y feliz,
Y su vida en la gloria
Será mi vida aquí.

Un Hombre hay en la gloria
Que vive para mí.
Su paz es permanente,
Su paciencia, sin fin.
Radiante y glorioso,
Desde allí espera ver
Cómo su vida en gloria
En mí vivida es.

VI

LA VIDA LLENA DE ESPÍRITU SANTO

Hemos visto que el plan admirable de Dios para nuestra salvación es absolutamente perfecto. Pero tenemos que admitir que la inmensa mayoría de los cristianos viven sobre un plano carnal. Esto hace que surja la pregunta: "¿Es práctico el plan de Dios? ¿Es posible para el cristiano ordinario vivir su vida sobre el plano más alto?" Tal vez algunos de vosotros decís: "La verdad acerca de la vida en el plano superior es una verdad bíblica y lógica, pero no concuerda con mi experiencia ni con la de muchos cristianos que conozco. ¿No será demasiado perfecto el plan divino de nuestra salvación para que pueda llevarse a la práctica en un mundo como éste? ¿Es posible para cada uno de nosotros tal plenitud de la vida de Cristo?"

Todo lo que la Palabra de Dios enseña demuestra que es practicable y posible para todo cristiano. Quien quiera que tenga en alguna medida la vida de Cristo puede tenerla en su plenitud.

"Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan *en abundancia.*" (Juan 10.10.)

"Porque en él habita toda la plenitud de la

Deidad corporalmente; y *en él estáis completos*, el cual es la cabeza sobre todo principado y potestad." (Col. 2.9-10.) (V. H.-A.)

Juan el Bautista, en dos asombrosas proclamaciones describió todo el alcance de la obra de Cristo cuando dijo: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo", y "El que me envió a bautizar con agua, él mismo es el que bautiza con el Espíritu Santo". La doble obra de Cristo es quitar el pecado y bautizar con el Espíritu Santo. Parte de la obra de Cristo fué poner a todo cristiano en una relación con el Espíritu Santo tan definida como la relación en que está con El, aunque había de ser una relación diferente.

Cristo corroboró la declaración de Juan con dos invitaciones que hizo a los pecadores para que vinieran a El y bebieran el agua de la Vida.

"Mas cualquiera que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; *antes bien, el agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua que saltará para vida eterna.*" (Juan 4.14.) (V. H.-A.)

"En el último y gran día de la fiesta, Jesús, puesto en pie, alzó su voz diciendo: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. *El que cree en mí*, como dice la Escritura, *ríos de agua viva fluirán de su interior.*" (Juan 7.37-3.8.) (V. H.-A.)

Cristo prometió conceder a todo el que le recibiera como Salvador un don que le proporcionaría perfecta satisfacción y suficiencia y que se desbordaría a través de él para bendecir abundantemente otras vidas. La oferta de Cristo a la Samaritana fué la de un don que cambiaría sus medios de proveerse de agua, dándole un manantial en lugar de un cubo, y convirtiendo después su vida en un canal por el cual fluyeran ríos de Agua Viva.

El Espíritu Santo: el don de Cristo al creyente.

Lo que este don era se nos dice de una manera explícita.

"*Esto lo dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él;* pues aún no había sido dado el Espíritu, por cuanto Jesús no había sido todavía glorificado." (Juan 7.39.) (V. H.-A.)

Observad que en este versículo Jesús nos dice tres cosas:

1. Cuál era el don: "El Espíritu".
2. A quién se daba: "Los que creyesen en él".
3. Cuándo se daría: Cuando Jesús fuera glorificado.

Su obra como expiación del pecado había de realizarse antes; después, como Señor glorificado, otorgaría este don maravilloso.

Más luz se proyectó sobre la naturaleza de este don en la última conversación de Cristo con sus discípulos antes de su partida. Les dijo que El iba a vivir en ellos como una Presencia espiritual permanente; que habría un divino fluir de Vida sobrenatural por su cualidad, y un divino fluir de Vida sobrenatural por su poder.

Iban a vivir como El vivía y a trabajar como El trabajaba. A fin de proveer poder para una vida tal les prometió "otro Consolador" que viniera a hacer morada permanente en ellos.

Cuando Cristo volvió a la gloria, cumplió su promesa y envió el Espíritu. El día de Pentecostés los discípulos reunidos en el aposento alto fueron bautizados con el Espíritu. Desde aquel día, todo el que ha sido unido orgánica y vitalmente con el Señor viviente por la fe ha recibido el don del Espíritu Santo.

> "Y cuando empecé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos, lo mismo que sobre nosotros al principio... Si Dios, pues, *les concedió a ellos el mismo don que a nosotros, al creer en el Señor Jesucristo*, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios?" (Hech. 11.15-17.) (V. H.-A.)

Tan pronto como uno recibe por Salvador al que quita el pecado del mundo, está en el Espíritu y el Espíritu está en él. Es imposible aceptar al Hijo y rehusar el Espíritu.

> "Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. *Mas si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él.*" (Rom. 8.9.) (V. H.-A.)

En el plan divino el don del Espíritu contiene un propósito tan definido como el don del Hijo. Mediante el Hijo obtiene el pecador la vida; mediante el Espíritu obtiene el creyente vida más abundante. Mediante el Hijo deja el pecador la esfera de lo natural y entra en la esfera de lo espiritual; mediante el Espíritu es elevado el creyente a las más elevadas alturas de la vida en el plano espiritual. Dios tiene el propósito de que cada cristiano viva una vida de profunda y creciente espiritualidad. El Espíritu Santo vive en nosotros para realizar este propósito de tres maneras: Nos revela por medio de la Palabra la plenitud que podemos tener en el Cristo glorificado; crea en nuestros corazones un deseo de esta plenitud; obra después como canal para la transmisión de esa plenitud desde El a nosotros.

El capítulo VII de Romanos es la descripción del cristiano carnal; el capítulo VIII, la del espiritual. En diez versículos del capítulo VII se usa o se sobreentiende el pronombre "yo" veinticinco veces y se menciona el Espíritu Santo sólo una vez. En el capítulo VIII se usa el pronombre "yo" sólo dos veces, donde es necesario, y se menciona

al Espíritu Santo dieciséis veces; así nos vemos obligados a creer que la plenitud de la vida en Cristo significa algún progreso en nuestra relación con el Espíritu Santo y nos sentimos constreñidos a preguntar a Dios cuál es este progreso.

La vida llena de Espíritu.

En un mandamiento conciso nos muestra Dios el punto más alto que el creyente puede alcanzar en su relación con el Espíritu Santo.

> "Y no os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución, *antes bien, sed llenos del Espíritu.*" (Ef. 5.18.) (V. H.-A.)

"Sed llenos del Espíritu." Lo tenéis morando en vosotros. Pero esto no basta. Dad al Espíritu camino libre, permitidle que os llene del centro a la circunferencia. Permitidle que os colme de energía con su fuerte poder llenándoos de Sí mismo.

"Sed llenos del Espíritu." Tal es el *derecho de nacimiento* del cristiano. En virtud del nuevo nacimiento tiene derecho a tal plenitud. No es el privilegio de unos pocos. ¿Estás tú despreciando tu primogenitura, como lo hizo Esaú con la suya, y vendiéndola por un plato de lentejas? ¿Te cuidas más del placer, del dinero o de la posición social que de la plenitud el Espíritu Santo?

"Sed llenos del Espíritu." Esta es la *necesidad* del cristiano. Nadie puede vivir una vida verdaderamente espiritul sin la plenitud del Espíritu. Cien-

to veinte fueron llenos el día de Pentecostés, sólo once de ellos eran apóstoles. Algunos eran mujeres que volvieron a sus casas a guisar, a coser, a cuidar de la familia; otros eran hombres que volvieron al campo y a la tienda. Solamente los nombres de muy pocos de ellos se conservan en la Biblia, pero no tengo ninguna duda de que de las vidas de todos ellos fluyeron a otras vidas ríos de agua viva. No pienses que eres demasiado joven para ser lleno del Espíritu. Te evitará los años de vagar por el desierto como lo han hecho muchos cristianos viejos. No digas que eres demasiado viejo y que el dominio de los hábitos pecaminosos es demasiado fuerte sobre tu vida. Da una oportunidad al Espíritu. Reconoce solamente que tu mayor necesidad es ser lleno del Espíritu y somete a El tu vida y El hará lo demás.

"Sed llenos del Espíritu." Esta es la *responsabilidad* de todo cristiano. "No os embriaguéis con vino". ¿Obedecéis este mandamiento? Seguramente que sí. "Sed llenos del Espíritu". ¿Obedecéis este mandamiento? ¿Por qué no, si es tan obligatorio como el anterior? Suponed que vuestro pastor estuviera habitualmente embriagado. ¿No tomaría la iglesia alguna determinación ante tal conducta? Pues bien, suponed que no está lleno del Espíritu Santo y nunca ha experimentado tal plenitud. ¿Qué se hace acerca de ello? ¿No es un mandamiento tan obligatorio como el otro? ¿Y no se deshonra a Dios tanto desobedeciendo al uno co-

mo desobedeciendo al otro? Como a ningún cristiano se niega la bendición de tal experiencia, ninguno está exento de la responsabilidad de poseerla. Así como rehusar la vida que se le ofrece en Cristo es el pecado mayor del que no cree, así el rehusar la vida abundante mediante el Espíritu es el pecado mayor del creyente. La plenitud del Espíritu Santo no es opcional, sino obligatoria. "Fueron TODOS llenos del Espíritu Santo".

"Llenados". "Llenos". Plenitud".
"Ser llenados del Espíritu".—Una crisis.
"Llenos del Espíritu Santo".—Un estado.
"Llenos de toda la plenitud".—Un proceso.

Los apóstoles estuvieron con Cristo tres años, pero no fueron llenos del Espíritu Santo hasta el día de Pentecostés. Esto fué *una crisis*. Pero ellos fueron llenos más de una vez y leemos de Esteban y de Pablo que eran varones "llenos de Espíritu Santo". Esto era un *estado*. Pero había una plenitud infinita, inagotable, de la cual podían obtener según su capacidad receptora, de modo que había un continuo llenar. Esto era *un proceso*. Debe haber un tiempo definido en que fuimos llenos por vez primera. Pero debe haber también repetidas ocasiones en que recibimos de la misma plenitud para que estemos habitualmente llenos y al mismo tiempo siempre tomando más y más de la plenitud de Dios. Para ser espiritual uno ha de ser lleno y mantenerse lleno.

La triple manifestación de la plenitud del Espíritu Santo

Existe a veces gran confusión en este asunto porque se espera una manifestación espectacular de una experiencia tan maravillosa. Hay también muchas enseñanzas sin fundamento bíblico que extravían a muchos. La Escritura enseña claramente una triple manifestación.

La realización de la presencia permanente de Cristo.

"A fin de que os conceda, según las riquezas de su gloria, el ser *corroborados con poder en el hombre interior por su Espíritu, para que Cristo, por la fe, habite en vuestros corazones.*" Ef. 3.16-17. (V. H.-A.)

Las vidas de los cristianos primitivos parecían verdaderamente electrizadas por una conciencia vívida y gozosa de la presencia de su Señor glorificado. El era muy real para ellos. ¿Posee la presencia espiritual del Señor viviente una realidad tan intensa para ti? Esta es una de las ricas recompensas de una vida llena del Espíritu.

La reproducción de la vida santa de Cristo.

"Mas *el fruto del Espíritu* es amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fide-

lidad, mansedumbre y templanza; contra tales cosas no hay ley." (Gal. 5.22-23.)

Condensado en estas nueve gracias exquisitas, tenemos aquí un retrato hecho con palabras del carácter de Jesucristo en su belleza, simetría y perfección esenciales. Un carácter así no es producto de la naturaleza humana, sino fruto de la naturaleza divina. Cuando el Espíritu Santo llena nuestro ser, reproduce dentro de nosotros la vida de Cristo.

La reordenación del poder sobrenatural de Cristo.

"Mas *cuando venga el Espíritu Santo sobre vosotros, recibiréis poder,* y seréis mis testigos, tanto en Jerusalem como en toda Judea, y en Samaria, y hasta lo último de la tierra." (Hechos 1.8.) (V. H.-A.)

Al enviar a sus discípulos para llevar a cabo una tarea sobrenatural, les prometió dotarlos de un poder sobrenatural. Todo poder pertenece a Cristo, pero El delega en nosotros su poder mediante el Espíritu Santo. ¿Tienes tú este poder? Donde quiera que el Espíritu está en plenitud, se manifiesta a sí mismo en poder.

La plenitud del Espíritu Santo es lo único que cambiará un cristiano carnal en cristiano espiritual. En el día de Pentecostés, los apóstoles fueron lle-

nos del Espíritu Santo y una sencilla comparación de sus vidas, antes y después de Pentecostés, nos revela un cambio maravilloso. Habían tenido la compañía constante de Cristo; les había enseñado profundas verdades y había compartido con ellos su vida de oración; habían vivido tres años bajo el influjo de su incomparable personalidad. Y, sin embargo, observad el fracaso, la derrota y el pecado, la envidia, la ambición, el egoísmo, el orgullo, la cobardía, la voluntad propia, el amor de sí mismos, el interés propio . . , todo esto estaba en ellos, en gran parte, como antes. Pero en Pentecostés el Yo fué destronado y Cristo fué entronizado y vino a ser la Vida de sus vidas.

El resultado tuvo siete aspectos. Vinieron a ser hombres de percepción, de pureza, de pasión, de oración, de poder, de persecución y de alabanza. Conocieron a su Señor y comprendieron las verdades profundas de la salvación. Vinieron a ser hombres de corazón puro. La humildad desalojó al orgullo; el valor, a la cobardía; la mente celestial a la mundanalidad. En lo íntimo de sus espíritus satisfechos y renovados se encendió un deseo apasionado de ganar a otros para el Señor, que los había salvado y transformado. Esto les llevó a Dios en oración, la cual vino a ser su principal delicia y su ocupación constante. La oración desató poder y ríos de agua viva comenzaron a fluir a través de estos canales purificados, llegando a Jerusalem, a Samaria y hasta lo último de la tierra. La manifes-

tación de tal poder atrajo sobre ellos fiera persecución, pero ni las celdas de la cárcel podían reprimir sus cánticos de alabanza. Pentecostés los había cambiado de cristianos carnales en cristianos espirituales. ¿Te ha cambiado a ti?

"Se hará en El una fuente." El Espíritu Santo, una fuente de Agua Viva, un manantial que fluye constantemente, está en todo cristiano. No hay, pues, necesidad de sufrir sequía. La promesa que se te hace es que *no tendrás sed jamás*. ¿Has venido a estas reuniones con un cántaro, esperando llevarte a casa provisión suficiente para todo el año, pero dando por seguro que irá disminuyendo poco a poco, hasta que la sed excesiva te obligará a venir el año que viene para ser vivificado de nuevo? ¿Por qué no dejar aquí el cántaro y llevarte el manantial? La vida del Espíritu es una vida de satisfacción y suficiencia.

"Ríos de agua viva fluirán de su interior." La satisfacción en Cristo produce el desbordamiento de Cristo. Si hay una corriente divina que entra en nosotros, hay también una corriente divina que fluye de nosotros. ¿Tienes tú una vida así? Si no la tienes, ¿la deseas? Es para ti si en verdad tienes sed. *Si alguno tiene sed...*, tal es la sencilla condición que se pone. "Si alguno tiene sed, venga a mí y *beba*". Bebed hasta saciaros, más aún: hasta que estéis llenos; más aún, hasta que reboséis. La plenitud del Espíritu Santo es para todo el que tiene sed y que bebe del Agua de la Vida.

VII

EL REQUISITO PARA LA PLENITUD: LIMPIEZA

El ser lleno del Espíritu demanda, como condición previa, limpieza. Dos mandamientos dados a los cristianos revelan este hecho claramente.

> "Y *no contristéis al Espíritu Santo de Dios*, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención." (Ef. 4.30.) (V. H.-A.)

Contristar es una palabra afectiva. No podéis contristar a una persona que no os ame. Podréis lastimarla u ofenderla, pero no podéis contristarla. El Espíritu Santo es una Persona amante, tierna, sensible. Contristarle significa que estamos causando dolor a alguien que nos ama. ¿Cómo podemos saber qué cosas son las que le contristan? Por los nombres que el mismo Espíritu Santo lleva, nombres que indican su naturaleza.

Es el Espíritu de *verdad* (Juan, 4.17), y, por lo tanto, todo lo que sea falso, engañoso, hipócrita. le contrista. En una reunión invité, a los que se sintieran impulsados a ello, para que dieran testimonio. Una mujer confesó una mentira que había estado sobre su conciencia durante doce años. Había codiciado una falda como la de una amiga suya. No queriendo su madre darle el dinero para comprarla, le robó a su madre una joya, la vendió, se

compró la falda y después dijo una mentira a su madre. ¿Hay alguna mentira en tu vida? Si es así, no esperes ser llenado con el Espíritu de verdad hasta que tu corazón no sea limpiado.

Es el Espíritu de *fe* (2 Cor. 4.13), de modo que la duda, la incredulidad, la desconfianza, la congoja, la ansiedad, le contristan. ¿Dudas de su palabra? ¿Hay en ti incredulidad acerca de las verdades fundamentales de la Salvación? ¿Te acongojas por la suerte de tu negocio, por tus hijos, por tu salud? Si lo haces así, estás contristando al Espíritu de fe y no puede llenarte.

Es el Espíritu de *gracia* (Heb. 10.29), y, por consiguiente, todo lo que sea duro, amargo, desconsiderado, ingrato, malicioso, resentido, le contrista. ¿Hay alguien a quien no quieres perdonar o a quien no quieres dirigir la palabra? ¿Hay alguien con quien has reñido? ¿Hay amargura en tu corazón para con Dios? ¿Pasas los días murmurando contra las circunstancias de tu vida? No pidas entonces ser llenado del Espíritu, a no ser que quieras ser limpiado.

Es un Espíritu de *santidad* (Rom. 1.4), y, por lo tanto, todo lo que sea inmundo, contaminado o degradante, le contrista. ¿Abrigas pensamientos inmundos? ¿Lees libros inmundos? ¿Tienes en tu casa cuadros que sugieren pensamientos impuros? ¿Escuchas anécdotas obscenas? Si lo haces, estás contristando al Espíritu Santo.

Es el Espíritu de *sabiduría* (Ef. 1.17), así que

la ignorancia, la presunción, la arrogancia y la necedad, le contristan. El Espíritu Santo está dispuesto a enseñarnos y a revelarnos las cosas profundas de la Palabra. Nuestra ignorancia de la Biblia, el orgullo de nuestro propio conocimiento y capacidad y nuestras necedades, le contristan.

Es el Espíritu de *poder, amor* y *propio dominio* (2 Tim. 1.7), y, por consiguiente, nuestra debilidad, esterilidad, desorden y falta de disciplina, le contristan. Hay miles de personas a tu alrededor que aún no están salvas y que no conocen el Evangelio. Tal vez algunas de ellas en tu familia. ¿Por qué no puede Cristo conquistarlas? Porque los canales por donde su poder había de fluir están atascados por el pecado. ¿Estás amargado porque te han injuriado y está envenenada tu vida por el odio? ¿Das paso constantemente a tus apetitos corporales, a tus deseos carnales y a tus flaquezas de temperamento? Todo esto contrista al Espíritu Santo.

Es el espíritu de *vida* (Rom. 8.2), y todo lo que tiene sabor de indiferencia, tibieza, pesadez e insensibilidad le contrista. ¿Pasas días enteros sin abrir la Biblia? ¿Prefieres los lugares de esparcimiento a la casa de oración? Esto contrista a este admirable Espíritu de vida.

Es el Espíritu de *gloria* (1 Ped. 4.14), de modo que todo lo que es mundano, carnal o terreno le contrista. ¿Tienes tú una mente carnal? ¿Amas al

mundo? ¿Está puesto tu corazón en las cosas de la tierra? Todo esto contrista al Espíritu Santo.

El mora en nosotros a fin de capacitarnos para que "crezcamos en todas las cosas en Cristo", y para llevarnos diariamente a ser "conformados a su imagen". Por tanto, todo lo que pone impedimentos a la realización de su propósito, le contrista. Permitir a sabiendas que continúe en vuestra vida alguna cosa que sea contraria a lo que el mismo Espíritu Santo es, significa necesariamente que amáis el pecado más que a El. Tal infidelidad le contrista.

La espiritualidad depende de una relación armoniosa con el Espíritu Santo. Abrigar un pecado conocido significa vivir con un Espíritu contristado. Para ser llenos hace falta ser limpiados. "Dios no pide vasos de oro, ni busca vasos de plata, pero exige vasos limpios."

"*No apaguéis el Espíritu.*" (1 Tes. 5.19.)

Contristamos al Espíritu cuando decimos "Sí" a las invitaciones con que Satanás nos atrae al pecado. Apagamos el Espíritu cuando decimos "No" a Dios, que nos llama amorosamente a la santificación y al servicio. Llevar al creyente a una plena conformidad con la voluntad de Dios es la tarea más difícil del Espíritu Santo. La voluntad propia está latente en cada uno de nosotros y siempre estallando en rebelión. El único remedio para ello es elegir deliberadamente hacer la voluntad de Dios

en todas las cosas, en todo tiempo y a toda costa. Es tener el corazón firmemente decidido a hacer de la voluntad de Dios la regla de la vida diaria y a no permitir excepción a esta regla.

Contristar o apagar el Espíritu es pecado. El Espíritu mora en nosotros para purificarnos y limpiarnos. En una habitación oscura puede haber mucho polvo que no se nota, pero si se abren puertas y ventanas y entra la luz del sol, aun el polvo más ligero se descubre. El Espíritu Santo saca a la luz el pecado que hay en nuestras vidas, y cuanto más completamente nos llene, más completo será el descubrimiento y conocimiento del pecado. Cuanto más se acerca Dios a nosotros, más sensibles nos hacemos al pecado. Algunas cosas que hace un año y tal vez solamente un mes no hubiérais llamado pecados ahora las reconocéis como tales.

Los medios para la limpieza.

Tanto para el pecador como para el santo, nada basta para limpiar del pecado sino la Sangre de Jesús.

"La *sangre* de Jesucristo su Hijo *nos limpia* de todo pecado." (1 Juan 1.7.)

El cristiano está en constante contacto con el pecado y la forma gramatical de nuestro texto al usar el tiempo presente, indica que nunca alcanza una condición tal que no necesite de la sangre purificadora de Cristo.

El método de la purificación.

El Espíritu Santo contristado nos dirá qué es lo que le contrista, nos señalará aquellas palabras de 1 Juan 1.9, y entonces comienza nuestra parte. Dios pide de nosotros solamente una cosa: una confesión franca y completa nacida de un verdadero arrepentimiento de corazón.

> "*Si confesamos nuestros pecados,* él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados *y nos limpie de toda maldad.*" (1 Juan 1.9.)

Dios no aceptará ninguna otra cosa en vez de la confesión y descubrirá al punto cualquier falsificación. ¿Has pensado alguna vez que Dios aceptaría de ti una mayor cantidad de dinero, una más intensa actividad en su servicio o una oración más larga, en lugar de una confesión del pecado? ¿O estás engañándote a ti mismo con el pensamiento de que entristecerte por el sufrimiento con que tu pecado ha sido castigado, o reconocer a la fuerza alguna ofensa que has inferido, sin verdadero dolor de corazón por el pecado mismo, es confesar el pecado? A veces, lo que parece confesión de nuestro pecado es una confesión del pecado del prójimo y una justificación de nuestra conducta. A menudo una confesión es solamente parcial. Se menciona algún pecado *visible* y el pecado que está a la *raíz* queda inconfeso.

En una pequeña reunión de mujeres cristianas di una oportunidad a las reunidas para que confesaran sus pecados. Una diaconisa tomó pronto la palabra, evidentemente para dar ejemplo a otras. Confesó que era perezosa. Yo sabía que no era éste el pecado radical que requería confesión, porque se podía ver que la había hecho con placer. Pedí a Dios aquella noche que El la convenciera de hipocresía y la impulsara a hacer una verdadera confesión. Al día siguiente, con un corazón contrito, confesó que odiaba a la esposa del pastor y no le había dirigido la palabra en ocho años.

Algunos pecados deben ser confesados solamente a Dios, porque contra El sólo hemos pecado (Sal. 51.4). Otros pecados deben ser confesados a las personas contra quienes hemos pecado (Sant. 5.16); y hay casos en que hace falta una confesión pública de pecado porque la compañía entera del pueblo de Dios ha sido perjudicada (Jos. 7.19-25).

La medida de la limpieza.

La limpieza ha de ser de toda inmundicia de carne y de espíritu. Dios exige que nos separemos de *todo* lo que contamina.

> "Pues tenemos tales promesas, limpiémonos de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en temor de Dios." (2 Cor. 7.1.)

Dios pide una limpieza que alcance desde el deseo más íntimo hasta la acción más externa; que vaya desde el corazón hasta la circunferencia de nuestra vida. El nos pide que adoptemos la idea que El tiene del pecado, según la cual la mirada lasciva es pecado tan real y verdaderamente como la acción lasciva; que ve un homicida en quien alberga en su corazón el odio, tan real y verdaderamente como en aquel que empuña un cuchillo ensangrentado.

¿Os parecéis a los antiguos fariseos, semejantes a sepulcros blanqueados, hermosos por fuera, pero llenos de corrupción en su interior? Dios nos manda que limpiemos el interior y el exterior. ¿Hay algún pecado arraigado en nuestra vida que ha estado en ella por años? Las raíces se multiplican y extienden. Hay, pues, un rastro de pecado que marca el sendero de vuestra vida desde entonces. Debéis recorrerlo hasta su origen, pidiendo a Dios os limpie de todo pecado.

Cómo retira Dios de sus hijos el poder de su presencia hasta que el pecado se quita, lo vemos revelado de una manera muy marcada en su proceder con los hijos de Israel por causa del pecado de Achán. Dios les había mandado que, cuando conquistaran la ciudad de Jericó, ninguno tomara para sí parte de los despojos. Pero Achán codició oro, plata y un manto babilónico, los tomó y los escondió en su tienda. Ningún ojo, sino el de Dios, vió lo que había hecho. Inmediatamente después Israel sufrió

una vergonzosa derrota en Hai. Josué, cayendo sobre su rostro en oración, se quejó a Dios de que hubiera permitido tal humillación para los israelitas ante sus enemigos. Pero Dios mandó a Josué que cesara en sus plegarias. Le dijo que no gozarían de su presencia y de su poder en medio de ellos en tanto que el anatema estuviese allí. El hombre que había codiciado, robado y mentido había de ser descubierto y tenía que confesar el pecado.

¿Hay algún Achán en vuestra iglesia que impide la manifestación del poder divino? ¿Eres tú el hombre? ¿Has estado orando fervientemente por la plenitud del Espíritu, y por otra parte permitiéndote al mismo tiempo algún pecado conocido, la desobediencia voluntaria a algún mandamiento divino o la resistencia deliberada a la voluntad claramente revelada de Dios? Si es así, Dios te está diciendo: "Levántate, ¿por qué te postras sobre tu rostro? Has pecado, y no puedo estar más contigo si no destruyes lo maldito que está en ti. Levantaos, santificaos, no podréis estar delante de vuestros enemigos hasta que no destruyáis el anatema de en medio de vosotros" (Jos. 7.10-13). Mientras viváis con un Espíritu contristado o apagado no podéis ser llenados. Para ser llenado hace falta ser limpiado antes.

VIII

LA PARTE QUE CORRESPONDE AL CREYENTE EN LA OBRA DE HACERSE ESPIRITUAL

ENTREGA

En los dos admirables dones de su Hijo y de su Espíritu, Dios nos ha dado todo lo que necesitamos para hacernos capaces de vivir en el plano superior. Cuando dió a su Hijo y su Espíritu, dió todo lo que tenía que dar.

Dios ha hecho la provisión, pero tú tienes que hacer la decisión de si has de ser lleno del Espíritu o no. Hay una línea divisoria, el derecho del hombre a querer libremente, línea que ni Dios mismo quiere traspasar. Dios ha puesto un festín delante de ti, pero no puede obligarte a comer. El te ha abierto la puerta que conduce a la vida abundante, pero no puede obligarte a entrar. El coloca en el banco divino un depósito que te hace espiritualmente multimillonario, pero El no puede extenderte los cheques. Dios ha hecho su parte, y ahora tú tienes que hacer la tuya.

La responsabilidad de que seas o no seas lleno del Espíritu está ahora en tus manos. Dios está impedido por una cosa solamente: el lugar que tú le das para que lo llene. Tú tienes una parte claramente definida que hacer para llegar a ser espiritual, y esto es lo que vamos a considerar ahora.

Entrega: la parte del creyente para ser lleno del Espíritu.

El principio básico de la vida espiritual está en su dominio. El Espíritu Santo obra para conducir al cristiano a que rehuse seguir bajo el reinado del yo y escoja la soberanía de Cristo sobre su vida entregándose a El como a su Señor.

> "¿No sabéis que si os *presentáis vosotros mismos a alguien por siervos para obedecerle,* sois siervos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, sea de la obediencia para la justicia." (Rom. 6.16.) (V. H.-A.)

Presentar nuestra vida incondicionalmente a Cristo es el primer paso para andar en el Espíritu.

La vida consagrada. ¿Por qué?

Hay un motivo básico para entregar la vida a Cristo que, cuando se descubre, es tan convincente como dominante. Esperando que os ayude a alguno de vosotros, voy a deciros cómo me llevó Dios a descubrirlo.

No era mayor que algunos de los muchachos y muchachas que están aquí esta noche cuando acepté a Cristo como mi Salvador. Experimenté un gozo real y profundo al tener conciencia del perdón de mis pecados y de la comunión con Cristo. Esto me hizo desear la salvación de otros en mi familia y

oré por ella, pero mi oración no obtenía respuesta. Esto me afligía.

Aunque nacida de nuevo, algunos de los antiguos pecados continuaban manifestándose de la misma manera que antes. El pecado saliente de mi vida era un genio terrible. No quiero deciros las cosas que hacía y decía cuando perdía el dominio de mi genio. Teniendo lo que a menudo acompaña a un genio vivo, un corazón afectuoso, me retiraba aparte después de cada explosión de mi genio y lloraba de modo que parecía que el corazón se me rompía. Resolvía entonces dominar mi genio por la fuerza de mi voluntad, pero no conseguía nada, porque mi genio era muy vivo y mi voluntad muy lenta. Hay una cosa que he aborrecido siempre desde la niñez, la hipocresía. La había descubierto en la vida de otros cristianos, y los había criticado abundantemente por ella. Pero un día Dios inundó mi alma con su luz y me reveló la hipocresía en mí misma. Amando verdaderamente a mi Señor, me aborrecí a mí misma al considerar la caricatura que de El estaba ofreciendo a los demás.

Completamente descorazonada, busqué un día la quietud de mi cuarto y determiné no salir de allí hasta que sucediera algo. Le dije al Señor que tenía que mostrarme lo que era una vida verdaderamente cristiana, y si no, pediría yo al pastor que borrara mi nombre del padrón de la iglesia para poder decir a mi familia y amigos que ya no profesaba ser cristiana. Dios sabía que yo era sincera y El siempre

anda las nueve décimas partes del camino para venir al encuentro de un alma sincera.

Por medio de dos versículos de su Palabra respondió Dios a mis preguntas y libertó mi alma. Si estos dos versículos pudieran significar para una sola persona de las que me escuchan esta noche lo que significaron para mí aquel día, alabaré a Dios por toda la eternidad por el privilegio de ofrecéroslos esta noche.

> "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y *que no sois vuestros? Porque fuisteis comprados por precio;* glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios." (1 Cor. 6.19-20.) (V. H.-A.)

Por medio de tres afirmaciones que se hacen en estos versículos me reveló Dios el motivo básico de una vida consagrada.

Primero: "¿Ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros?" Pues sí, lo ignoraba. No sabía que mi cuerpo tuviera ninguna relación con mi conversión ni sabía que el Espíritu Santo moraba en él. Que Dios reclamaba mi cuerpo, y que el Espíritu Santo *había hecho ya* su morada en él, fué para mí una revelación asombrosa. ¿En qué clase de morada estaba yo pidiendo al Santo Espíritu que viviera?

Suponed que se os dijera hoy que el soberano

más poderoso de la tierra venía a Hong-Kong para pasar unos días y que el comité de recepción había escogido vuestra casa como lugar en que se alojara. ¡Qué limpieza haríais en vuestra morada! ¡Qué preparativos para que todo estuviera en orden y fuera digno de huésped tan honorable! Pero ¡en qué sucio e indecoroso lugar pedimos al Rey de reyes y Señor de señores que viva, y eso, no por un día, sino toda nuestra vida!

Pero yo dije: "Señor, ya te he dado mi alma; ¿por qué necesito también darte mi cuerpo?" Vi aquel día vagamente, pero lo he visto cada vez con mayor claridad desde entonces, por qué pide Dios nuestros cuerpos. Necesita un conducto para revelarse a Sí mismo al mundo. "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros", y los hombres vieron al Padre en el Hijo. Cristo está ahora en el cielo. Pero, ¿no hace falta su presencia aquí en la tierra? ¿No necesitan los que están en tu ciudad, en tu casa, en tu escuela, en tu oficina, verle? ¿De qué manera se revelará El a los hombres ahora? Tiene dos medios para hacerlo.

Uno de ellos es su Palabra. Pero, ¿cuántos millones de personas hay que no poseen la Biblia? ¿Y cuántos que no podrían leerla aunque la tuvieran? El otro medio son los cristianos que forman su cuerpo en la tierra. La mayor necesidad de Hong-Kong hoy no es meramente la predicación y enseñanza del Evangelio, sino ver a Jesucristo caminando por estas calles y viviendo en vuestras casas.

¿Cómo lo hará? Por medio de vosotros. El Señor Jesús me mostró aquel día que necesitaba mi cuerpo como un medio para revelarse a Sí mismo.

Había en esto un llamamiento para mí que era maravillosamente convincente, y sin emhargo yo rehusaba entregarme. ¿No era mi vida mía? ¿No era demasiado pedir esto de transmitir su absoluto dominio a otro? ¿Era seguro? ¿Era razonable? ¿Era necesario? ¡Qué argumentos tan plausibles presentó el Yo para retener la soberanía sobre mi vida!

Pero mi Señor lo había previsto y estaba preparado para responder a tales argumentos con una segunda afirmación no menos asombrosa. "¡Qué! ¿No sabéis que no sois vuestros?" Aunque olvidéis todo lo demás que he dicho esta noche, ruego a Dios que esta pregunta quede profundamente grabada en vuestro corazón. Fué como una aguda espada de dos filos que penetró hasta lo más íntimo de mi ser, y quedó clavada allí. ¡Cómo sacaron a luz estas palabras la hipocresía de profesar que pertenecía yo a Cristo mientras el Yo retenía en sus manos las riendas! ¡Qué derechas fueron al corazón mismo del problema, como hacha puesta a la raíz del árbol: la entronización de Cristo como Señor sobre mi vida, o el continuado reino del Yo!

Pero si me rendía yo, ¿qué podía Cristo pedir de mí? Hubiera estado muy contenta de entregar al Señor todas las partes desagradables e indómitas de mi vida si El me hubiera dejado el resto para mí.

Para dominar mi voluntad tuvo El que derretir mi corazón.

"¡Qué! ¿No sabéis que no sois vuestros, *porque fuisteis comprados por precio?*" ¡Comprado! ¡No era mía porque había sido comprada! Yo había pensado que al entregarme era yo quien otorgaba a Cristo la propiedad sobre mi vida. Pero Dios me reveló aquel día que *yo pertenecía ya a Cristo* por derecho de compra y que la pretensión de Cristo a la posesión y dominio absolutos de mi vida era una pretensión legítima.

Tenía yo que admitir este derecho de Cristo, pero, con todo, no me rendía. ¡Cuánta paciencia tuvo El con mi increíble terquedad! Con mucha ternura abrió mis ojos y los iluminó para que vieran a Cristo crucificado. "Comprados *por precio.*" Y ¡QUÉ PRECIO! "¡Rescatados... con la preciosa sangre de Cristo!" ¡Esta era el precio que había sido pagado por mí! ¡La vida del perfecto, inmaculado Hijo de Dios dada por mi vida pecadora y egoísta! Aquel día vi a un Salvador que moría por un pecador. ¡Una Vida dada por mi vida!

Hasta aquel momento había yo estado diciendo: "*¿Tengo* que entregarme a El?" Desde aquel momento exclamé: "Señor, ¿puedo yo darme a Ti?", y entregué todo lo que era y todo lo que tenía a Cristo para el tiempo y para la eternidad.

Y ¿cuál fué el motivo básico de aquel acto de entrega? Fué la respuesta gozosa de mi amor a su Amor, que siguió al convencimiento espiritual de lo

razonable y justa que era la demanda que Cristo hacía de mi vida. Procuraré, pues, ahora definir lo que es esta entrega. Es la transferencia definida y voluntaria que se hace de la posesión, dominio y uso de todo nuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, del Yo a Cristo, a quien pertenece legítimamente por creación y por redención.

No nos entregamos a El para ser suyos, sino porque somos suyos. La compra da derecho de propiedad, pero es sólo la entrega la que da posesión. Había en Pekín una escuela misionera de niñas que había aumentado el número de alumnas hasta necesitar edificios agregados. Estos fueron comprados de una familia china que tenía propiedades lindantes con la de la escuela. Tras mucho regateo se efectuó la venta. Se redactaron los documentos y se pagó el precio. Pero cuando comenzó el nuevo curso la escuela no pudo ocupar y usar los edificios. ¿Por qué no? *La familia china no los había desalojado.* La compra da derecho, pero hace falta la entrega para dar posesión.

Derramando su sangre en la cruz pagó Cristo el precio por la posesión de tu vida. Ya es suya por derecho de compra. Pero ¿le has entregado lo que es suyo? ¿Has desalojado la casa para que El pueda entrar?

Cristo tiene el derecho de expulsarte de su propiedad, porque *es* el Señor. Pero él quiere constreñir por amor mejor que conquistar por fuerza. Por eso apela a vosotros de esta manera: "Os ruego por

las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo." ¿Qué respuesta habéis dado a este llamamiento?

La vida consagrada. ¿En qué consiste?

El Yo no renuncia a nada sino a la fuerza. Es necesario, pues, entender cuál es la medida completa de una vida consagrada. Muchos piensan que Dios quiere de nosotros *cosas*. Dios es un Ser personal: lo que desea es comunión con una persona, y por eso nos desea a nosotros. El pide primero que nos entreguemos *nosotros*.

> "Y no como lo esperábamos, sino que *ellos mismos se dieron primeramente al Señor*, y luego a nosotros por la voluntad de Dios." (2 Cor. 8.5.) (V. H.-A.)

Pero Dios especifica la medida aun más explícitamente para que no nos limitemos a un mero "dar nuestro corazón al Señor", o encomendarle "la salvación de nuestra alma". Es la cosa más fácil del mundo usar la fraseología de la consagración, y perder, sin embargo, la realidad de ella. Dios pide tu cuerpo, tanto como tu espíritu y tu alma.

> "*Os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos* en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, *que es vuestro racional culto.*" (Rom. 12.1.)

Pero Dios va más allá, porque no deja ningún subterfugio en este asunto de la consagración. Sabe perfectamente cómo puede desfigurarse la belleza de una vida y anularse un testimonio por la rebeldía de un solo miembro del cuerpo. ¡Qué fuente de males es una lengua rebelde! ¡Qué posibilidades de codicia hay en un ojo rebelde! ¡Qué sendas de iniquidad se abren a los pies que no se han sometido a Cristo! ¡Qué terreno para murmuraciones es el oído no consagrado! Dios especifica la medida de la entrega y la extiende de modo que incluya todos los miembros de vuestro cuerpo.

> "Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad: antes *presentaos a vosotros mismos a Dios* como vivos de entre los muertos, y *vuestros miembros* a Dios como instrumentos de justicia." (Rom. 6.13.) (V. H.-A.)

"Vosotros mismos".
"Vuestros cuerpos".
"Vuestros miembros".

Esto lo incluye todo. Nada queda omitido o excluído. Dios ha santificado vuestra personalidad entera. Nuestra consagración debe ser la contrapartida de su santificación.

> "Y *el mismo Dios de paz os santifique completamente; y vuestro espíritu, alma y cuerpo, sea guardado entero irreprensible* para la veni-

da del Señor nuestro Jesucristo." (1 Tes. 5.23.) (V. H.-A.)

Nuestra entrega a Cristo incluye, pues, todo lo *interior*: inteligencia, corazón, voluntad; y todo lo *exterior*: hogar, hijos, tiempo, dinero y además la vida. Lo incluye todo en nuestro pasado, presente y porvenir. Algunas veces es fácil entregarle nuestro pasado, pero desconfiamos de su poder para guardarnos en el presente y estamos llenos de temor en cuanto al porvenir. Incluye lo peor y lo mejor de nuestra vida. Tal vez estaríamos dispuestos a dar las heces de nuestra vida a Cristo, pero deseamos guardar la crema para nosotros mismos.

Pero al tomar la medida de nuestra entrega quede bien entendido que no puede haber reservas. No podemos retirar una parte de nuestra vida y ponerle el cartelito de "reservado". La negativa a entregar alguna parte es un acto de rebelión contra Dios. Si Cristo va a ser Señor, tiene que ser Señor de todo.

La vida consagrada. ¿Cómo?

Dios, en su infinita gracia, toma siempre la iniciativa para llevarnos a una experiencia más plena de nuestra herencia en Cristo. El Señor Jesús está así a la puerta de vuestra vida, deseando ser admitido. Si entra, la puerta ha de abrirse de dentro.

"He aquí, yo estoy a la puerta, y llamo; si alguno oyere mi voz y abriere la puerta,

entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo." (Apoc. 3.20.)

El está de pie y llama. "Si alguno oyere mi voz." ¿La habéis oído esta noche? "Y abriere la puerta." Aquí está el "cómo" de la entrega. Es justamente abrir la puerta. ¿La habéis abierto? Expliquemos claramente lo que esto implica.

Entregarse a Cristo es un acto *definido*. No es un deseo frecuentemente sentido que se queda en mero deseo, sino un acto decisivo de la voluntad. El deseo se hace decisión y la decisión cristaliza en acción. Tienes que decir: "Yo aquí y ahora me entrego a mí mismo sin reservas a Cristo."

Entregarse a Cristo es un acto *voluntario*. El está a vuestra puerta, pero no fuerza la cerradura. Espera a que le abráis la puerta. Es el Amor que desea entrar, pero si no encuentra amor, la entrada traería más dolor de corazón que gozo. El quiere que abráis la puerta con una sonrisa y un cántico.

Entregarse a Cristo es un acto *final*. Si vuestra consagración es tal como la he descrito esta noche, tal acto no necesita ser repetido. Si se realiza sinceramente vale para el tiempo y para la eternidad. Al entregaros habéis reconocido que no sois vuestros, habéis transferido la propiedad de vuestra vida a Cristo, le habéis coronado Señor, y os habéis puesto por completo bajo su soberano dominio. Repetir este acto inicial implica que hubo insinceridad o falsedad cuando se hizo.

Naturalmente, uno no sabe al tiempo de consagrarse todo lo que el acto implica o todo lo que exigirá de él. Sólo después que hayáis empezado a vivir copletamente para Dios será cuando comprenderéis la fuerza terrible que el Yo tiene en vuestra vida. Pero el Espíritu Santo os revelará fielmente esto. ¿Qué tiene uno que hacer cuando vengan estas revelaciones? ¿Necesita entregar su vida toda entera otra vez? No; eso se hizo de una vez para siempre. Sencillamente decir: "Señor, esto era una *parte* del *todo* que te entregué. Pertenece también a aquella entrega inicial. No he visto hasta ahora que estaba sin entregar. Ahora, pues, te entrego *esta cosa especial.*" De este modo el acto inicial de consagración se torna en *una actitud continua.* "La entrega es una crisis que se desarrolla haciéndose un proceso."

Desde el punto de vista humano, la primera condición para una vida vivida en el plano superior es la consagración de la vida a Cristo. ¿La has consagrado? ¿Están todas las puertas abiertas a Cristo tu Señor? Visité en cierta ocasión una ciudad universitaria para dirigir reuniones de evangelización. Al llegar a la casa donde me iban a hospedar, la señora me llevó por una escalera exterior, a mi cuarto que estaba sobre la cocina. Después de esto salió de casa para estar ausente todo el día. Al poco tiempo oí que llamaban a la puerta principal y pensé que sería probablemente el mozo que me traía mi baúl. Como llovía mucho, pensé decirle que lo dejara en la planta baja. Había tres puertas que daban entrada

a la casa desde el porche trasero. Fuí a la primera e intenté abrirla, pero no pude: estaba cerrada con llave. Traté de abrir la segunda y la tercera, pero todas estaban cerradas.

Sobrecogida por la sensación de soledad, subí corriendo a mi cuartito de la parte trasera, la única habitación de la casa que me habían dejado abierta. Para darme más cuenta de la compañía de Cristo, me arrodillé a orar. Al momento me habló, diciéndome: "¿No sabes que ésa es la manera que tienen de tratarme millares de personas? Me invitan a sus vidas y después me ponen en un cuartito trasero, donde esperan que me quede. Pero yo anhelo entrar en todas las habitaciones de su vida y compartir todas sus experiencias."

¡Oh, amigos! ¿Qué sitio habéis dado a Cristo en vuestras vidas? ¿Tenéis algunas puertas cerradas? ¿Ha puesto El su mano taladrada en la puerta de la sala de recreos de vuestra vida deseando entrar, pero hallándola cerrada por dentro? ¿Ha querido El entrar en el cuarto donde se dirige vuestro negocio para participar en sus proyectos y beneficios? ¿Se le ha negado la entrada porque se practicaban allí operaciones turbias y torcidas que no queríais descubriera su mirada penetrante? ¿Ha deseado El entrar en el cuarto donde se trazan planes para la vida para ayudar a moldearlos? ¿Y ha probado la puerta, encontrándola cerrada por dentro? ¿Y ha tenido El, deseando llenar y bendecir toda nuestra vida,

que volverse a su cuartito en el piso de arriba con corazón dolorido y contristado?

De aquella ciudad universitaria fuí a otra. Mi huéspeda era una viuda bondadosa. Tenía una casa muy humilde. Comíamos en la cocina. Pero rara vez he disfrutado tan grata hospitalidad. Me ofrecía lo mejor que sus modestos recursos le permitían proveer. Lo primero que me dijo fué: "Miss Paxson, mi casa es muy humilde, pero mientras esté usted aquí es toda de usted. Vaya donde guste y haga lo que guste; considérese usted en su propia casa." Y yo, que viajo constantemente y estoy acostumbrada a espacios escasos, ¡cómo disfruté de la amplitud que se me ofrecía y usé la casa como mía los pocos días que allí estuve!

Amigos míos, ¿está el Señor Jesús viviendo en vosotros? ¿Le habéis dicho alguna vez: "Señor Jesús, no puede ofrecerte más que una vida muy sencilla, pero mientras estés aquí *es toda tuya.* Ve donde te plazca y haz lo que te plazca, *considérate en tu casa?*" El espera que le hagas una invitación así. ¡Con qué prontitud la aceptará cuando se le haga sinceramente y cómo se espaciará El por toda vuestra vida, encontrándose en ella como en su verdadera casa! Si no le has abierto desde dentro todas las puertas y no le has hecho una cordial y alegre invitación a que entre, ¿quieres hacerlo así esta noche?

IX

LA PARTE DEL CREYENTE EN LA OBRA DE HACERSE ESPIRITUAL

FE

Podrá decir alguien: "Hasta donde yo puedo entenderlo he entregado completamente mi vida a Cristo, y, sin embargo, parece que sigo viviendo en el plano del cristiano carnal. ¿Es posible entregarse y no ser lleno, sin embargo, del Espíritu Santo?" Sí, la vida vaciada tiene necesidad de la fe para reclamar la plenitud.

La consagración dice: "Señor, no soy mío. Te presento mi cuerpo como sacrificio vivo." La fe dice: "Cristo vive en mí." La consagración dice: "Señor, ¿qué quieres que haga?" La fe dice: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece." La consagración corona a Cristo como Señor. La fe se apropia a Cristo como Vida. "Esteban era varón lleno de fe y de Espíritu Santo."

La fe es el complemento de la gracia.

¿Habéis visto alguna vez un arco-iris perfecto? Generalmente un extremo es perfecto y el otro parece desvanecerse. Mirándolo una vez sobre la superficie del mar vi claramente los dos extremos del arco como si salieran del agua para formar una semicircunferencia perfecta. Mediante tan precioso sím-

bolo me interpretó el Espíritu Santo la relación que guarda la fe con la gracia en la salvación como nos está revelada en Ef. 2.8. "Por *gracia* sois salvos *por la fe.*"

El arco de la salvación es todo gracia por la parte de Dios y todo fe por la parte del hombre. La gracia de Dios es siempre perfecta. Pero ¡cuán imperfecta es la fe del hombre! La gracia ha provisto en Cristo todo lo necesario para una vida de espiritualidad habitual. Pero hace falta que la fe se apropie la provisión para hacer de tal salvación un hecho de experiencia. La gracia provee; la fe posee. La fe convierte en experimental lo que la gracia hizo potencial para todo creyente.

Dios nos dice que sin fe es imposible agradarle. Algunas de las reprensiones más severas que Cristo dirigió a sus discípulos fueron motivadas por la incredulidad de ellos. Que su presencia, sus palabras y sus obras dejaran de inspirar fe contristaba profundamente al Señor Jesús.

Recordáis lo que aconteció en una ocasión en que yendo El en el barco se levantó una tempestad y ellos clamaron llenos de miedo. ¡Qué reprensión les dirigió! Aunque bramara la tempestad y se encresparan las olas y El fuera durmiendo..., El estaba allí. ¿Por qué habían de temer? El temor y la fe son incompatibles.

> "Y El les dice: *¿Por qué teméis, hombres de poca fe?* Entonces, levantándose, reprendió

> a los vientos y a la mar; y fué grande bonanza. (Mat. 8.26.)

En otra ocasión Pedro fué andando sobre el mar a la palabra del Señor. El viento arreció y Pedro comenzó a hundirse. Pero, ¿por qué había de dudar? ¿No le había dicho su Señor "Ven", y no acompañaba a tal mandato el poder de su protección? La duda y la fe son irreconciliables. Si tenemos duda no tenemos fe; si tenemos fe, no tenemos duda.

> "Y luego Jesús, extendiendo la mano, trabó de él, y le dice: *Oh, hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?*" (Mat. 14.31.)

Los discípulos habían cruzado el lago después de haber presenciado el milagro de Cristo al alimentar a una multitud con unos pocos panes y peces. Estaban muy preocupados porque se habían olvidado de tomar pan. ¿Por qué había esto de causarles inquietud? ¿No acababan de verle a El alimentar a más de cuatro mil personas con siete panes y unos pocos pececillos, y que sobraron siete cestos llenos? ¿No podría El proveer una cena para doce hombres si fuera necesario? La congoja y la fe no pueden vivir juntas.

> "Y entendiéndolo Jesús, les dijo: *¿Por qué pensáis dentro de vosotros, hombres de poca fe, que no tomasteis pan?* ¿No entendéis aún ni os acordáis de los cinco panes entre cinco

mil hombres, y cuántos cestos alzasteis? ¿Ni de los siete panes entre cuatro mil, y cuántas espuertas tomasteis?" (Mat. 16.8-9.)

¡Cómo desalojamos a Cristo de nuestras vidas por este triunvirato de males, temor, duda y desconfianza! Quebrantos de salud, pérdidas de fortuna, cargas abrumadoras, tempestades de aflicción y adversidad vienen sobre nosotros y nos hacemos insensibles a su presencia, dudamos de su palabra y nos olvidamos de sus obras.

Algunas de las más dulces palabras de elogio que Cristo pronunció fueron motivadas por la fe y, cosa extraña, fueron dirigidas a los que le conocían menos. El centurión, cuyo siervo estaba enfermo, rogó a Cristo que sanara a su siervo. Cristo prometió ir a sanarlo. "Señor, *di solamente la palabra* y mi siervo será sano." ¡Qué gozo dió al corazón de Jesús semejante fe y qué precioso elogio obtuvo de sus labios. "Ni aun en Israel he hallado fe tanta."

No hallamos un caso en la Palabra de Dios ni en la experiencia humana de que la gracia y el amor divino hayan dejado de responder a la fe y a la confianza. Dios sería infiel a su naturaleza, que es amor, si dejara una vez de responder a la fe verdadera. Tal fe podrá parecer imposible a algunos de vosotros. Pero la fe es la cosa más sencilla del mundo. La fe es sencillamente mirar a Cristo y tomarle por su Palabra. ¿Por qué no es, pues, fácil tener fe? Es porque miramos a las dificultades en

vez de mirar a Cristo, y cuanto más las miramos, más grandes se hacen. Ellas nos impiden la visión de Cristo. La fe por sí misma no tiene poder alguno para salvarnos o guardarnos, pero nos enlaza con Cristo, que tiene ese poder. Consideremos tres maneras que la fe tiene de operar.

La fe se arraiga en los grandes hechos de Dios.

Caminando un día por un sendero de bosque en las montañas de Suiza vi un árbol interesante. En una empinada ladera había un alto abeto bajo el cual estaba alojado un enorme peñasco. El árbol estaba enteramente asentado sobre la cima de la roca, y sin embargo, se elevaba derecho hasta una altura de cincuenta pies. ¿Cómo podía mantenerse en tal posición? El secreto no se escondía a nuestra vista. Las raíces del árbol se habían extendido sobre el peñasco y habían penetrado a gran profundidad en la tierra que lo rodeaba, de tal modo que aun el peñasco alojado en su mismo corazón no podía torcerlo o derribarlo.

¡Qué lección daba! Aflicciones, adversidades, sufrimientos, dolores, tentaciones, pruebas, dudas, desengaños nos inundan. ¿Cómo podemos seguir adelante con paz, paciencia y victoria cuando hay tales cosas en nuestra vida? ¿No son lo bastante para abrumarnos? No, si la fe se extiende sobre ellas e introduce sus raíces en el suelo fértil de los grandes y eternos hechos de Dios.

¿Cuáles son algunos de estos hechos? Sólo unos pocos puedo mencionar esta noche, pero confío que escudriñaréis por vosotros mismos la Palabra de Dios y encontraréis muchos más.

Dios es amor.

> "El que no ama no conoce a Dios; porque *Dios es amor.*" (1 Juan 4.8.)

Esta es una de las más grandes entre las eternas realidades divinas en las cuales podemos arraigar nuestra fe. Podrá parecer que Dios nos ha olvidado o que su mano disciplinadora es demasiado severa con nosotros. Podrá parecer que ha cerrado sus ojos o endurecido sus oídos. Podrá parecer hasta que es indiferente a la carga que lleváis y al dolor de corazón que sufrís. Pero, amigos, no es así, porque Dios es amor y el amor de Dios brilla como el esplendor del sol, ya seamos calentados y alegrados por sus rayos o no.

Una mujer china vino una vez a preguntarme por qué no podía ganar para Cristo a su madre, ferviente budista, por la cual había orado por muchos años y cuyo corazón se endurecía cada vez más. Al estudiar su rostro observé arrugas que indicaban dureza y rebelión en su propio corazón. Con un pequeño sondeo amable brotó un torrente de lágrimas y palabras. "Dios es injusto; no me trata bien; otras madres tienen sus hijos, pero yo he perdido mis cinco niños uno tras otro; el último, pequeñito, murió

el mes pasado. Dios no es justo". Por unos breves momentos lloramos juntas y después hablamos del amor de Dios. Aquel amor le había dado los cinco niños; seguramente era el amor el que los había tomado para El en el cielo. Lentamente las raíces de la fe de aquella mujercita se extendieron sobre el peñasco de su dolor y fueron penetrando cada vez más hondo en esta realidad eterna: "Dios es amor." Después la paz y el gozo entraron en su corazón. Al día siguiente la anciana madre fué a verla. "¿Qué te ha pasado?—le dijo—. Nunca te vi con una cara así." Entonces la hija le habló de su rebelión contra Dios y de cómo había desaparecido. Desde aquel día la madre estuvo más dispuesta a oír el Evangelio y pocas semanas después aceptó a Cristo como su Salvador.

La gracia de Dios basta.

> "Y me ha dicho: *Bástate mi gracia;* porque mi potencia en la flaqueza se perfecciona. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis flaquezas, porque habite en mí la potencia de Cristo." (2 Cor. 12.9.)

Dios no ha prometido nunca que el cristiano no tendrá tentaciones y pruebas, pero ha prometido que, con cada tentación, habrá una salida por la cual escapar y con cada prueba habrá fortaleza para soportarla. Cuando nuestra flaqueza es más agobiadora, su fortaleza es más perfecta.

Cristo puede salvar hasta lo sumo.

Tal vez algunos de vosotros dijeron anoche: "Yo no puedo vivir una vida consagrada en Hong-Kong." Pensasteis en vuestro hogar no cristiano, en vuestras relaciones sociales con su alegría y su mundanalidad, en vuestra vida mercantil con sus tentaciones al engaño y a la codicia, y dijisteis: "No puedo vivir una vida consagrada en tal ambiente." Sí; puedes, si dejas penetrar las raíces de tu fe en el suelo de este hecho eterno: "Cristo puede salvar hasta lo sumo". El tiene el poder, no sólo para limpiarte del pecado, sino también para guardarte de pecar.

Pensad en los peñascos que rodaron sobre la vida del apóstol Pablo: azotes, lapidaciones, naufragios, peligros y persecuciones de todas clases. Pero su fe se extendió sobre todas estas pruebas y aflicciones y se arraigó en las eternas realidades del amor, la gracia y el poder de Dios, capacitándole así para crecer hasta alcanzar una magnífica estatura espiritual. Lo que Cristo glorificado hizo por Pablo está pronto a hacerlo por ti y por mí.

La fe cuenta con la fidelidad de Dios.

Nuestra fe puede vaciliar, pero su fidelidad no vacila nunca. Pedro le falló a Cristo, pero la fidelidad de Cristo para Pedro permaneció inconmovible. El Padre celestial no puede olvidar sus promesas ni puede negarse a sí mismo dejando de cumplirlas.

> "*Si somos infieles, él permanece fiel,* pues no puede negarse a sí mismo." (2 Tim. 2.13.)

Podremos estar inclinados a darnos por vencidos ante el enemigo, a abandonar nuestra tarea con absoluto desaliento y aun a soltar la mano del arado y volver atrás del todo. Pero Cristo no desmaya ni se desalienta. No abandona a los suyos desesperanzado. No reconoce victoria alguna por parte del diablo. Ha asumido la responsabilidad por nosotros y permanece fiel.

> "*Fiel es el que os ha llamado, el cual también lo hará.*" (1 Tes. 5.24.)

En Suiza observé en una ocasión cómo cruzaban un glaciar dos niñas. El sendero no estaba marcado; había grandes grietas en el hielo; no estaban ellas debidamente calzadas con botas claveteadas. Pero caminaban seguras y sin miedo, porque estaban unidas con cuerdas a uno que sabía cómo evitar los peligros y vencer las dificultades de aquel sendero helado, y contaban con la fidelidad de su guía.

El viaje de nuestra peregrinación está erizado de peligros y dificultades; pero no necesitamos temer porque nosotros también estamos enlazados a un Guía, que ha sido especialmente designado por nuestro Padre para dirigirnos con toda seguridad por todo el camino.

La fe recibe la plenitud de Dios.

¿Eres un hijo de Dios? Entonces, en virtud de tu relación filial, puedes ser lleno del Espíritu. ¿Por qué, pues, no estás en posesión de tu derecho de nacimiento? Hay tres maneras con las cuales puede un hombre honrado obtener la posesión de una cosa: por compra, por cambio o por donación.

¿Puede alguien comprar la plenitud del Espíritu Santo?

Simón Mago fué severamente reprendido porque intentó hacerlo ¿Hay algo que podamos negociar con Dios para obtenerla? El joven rico podía haber cambiado la mitad de sus posesiones por la vida más abundante, pero se fué triste a su casa sin alcanzar lo que quería. ¿Has intentado tal vez entrar en negociación con Dios, ofreciéndole algunos fragmentos de tiempo, algunos retazos de energía, algún segmento de talento, a cambio de la plenitud del Espíritu Santo? No te queda más que un camino para poseer la plenitud del Espíritu Santo, y es recibirla como un don.

> *"Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu Santo que nos ha dado."* (1 Juan 3.24.)

¿Qué suele hacerse con un don? Recibirlo y dar las gracias al dador. Esto es precisamente lo que Dios quiere que hagas con este don asombroso de la plenitud del Espíritu Santo.

Lo ilustraré con un incidente que imprimió esta verdad en mi corazón con nuevo sentido. Dos amigos míos, el Sr. Wang y su esposa, vinieron un día a visitarme. El Sr. Wang era un cristiano reciente, pero amaba a su Señor devotamente. ¡Cómo amaba también la Palabra de Dios! Era para él comida y bebida. Sabiéndolo yo, me acordé de que tenía una Biblia de referencias de las llamadas Scofield (editadas por Mr. Scofield) que alguien me había enviado para que la regalara a algún amigo chino. Se la regalé al Sr. Wang, diciéndole: "Veo que ama usted la Biblia. Aquí tengo una Biblia Scofield que con mucho gusto le regalo." Al oír mencionar la Biblia Scofield se le iluminó el rostro y se le saltaron las lágrimas. "¡Oh!—me dijo—, el otro día vi una Biblia Scofield y desde entonces he deseado ardientemente poseerla. Empecé a orar a Dios por una de estas Biblias. Fuí a la librería a comprarla, pero era demasiado cara para mí".

El Sr. Wang no podía comprar una Biblia y nadie le había ofrecido un ejemplar a cambio de algo que él tuviera. Sólo le quedaba un camino para poseerla: que se la regalaran. Y ahora se la ofrecían. ¿Qué hizo?

¿Dijo acaso: "Deseo mucho tener una Biblia, *pero no he orado bastante tiempo por ella;* espere usted a que ore unos pocos meses más?" ¿O dijo: "*No soy verdaderamente digno* de recibir esa Biblia. Tengo que esperar a que me haga mejor cristiano y sea digno de poseerla?" ¿O contestó: "*Esta Biblia voy*

a obtenerla de una manera demasiado fácil; creo que será mejor hacer algo para conseguirla?" ¿O repuso acaso: "Dice usted que esta Biblia es para mí, pero *yo no siento que es así;* de modo que esperaré hasta que sienta que la poseo?"

Si el Sr. Wang hubiera hecho alguna de estas necias observaciones me hubiera obligado a deducir una de dos cosas: o que no era sincero ni deseaba por lo tanto una Biblia Scofield, o que no me creía a mí sincera al ofrecerle una

Pero ¿qué hizo el Sr. Wang? Me gustaría que hubierais visto la prontitud con que *tomó* la Biblia e inmediatamente se arrodilló y DIÓ GRACIAS a Dios por ella. Y cuando se levantó empezó a hablar de cómo iba a USAR este regalo para ganar hombres para Cristo.

¿Has deseado la plenitud del Espíritu Santo? Dios te lo ofrece en su plenitud como un don. ¿Qué has hecho de esta oferta? ¿Estás orando todavía por esta plenitud? ¿O estás rehusando el don hasta que te creas digno de recibirlo? ¿O estás neciamente intentando por tus propios esfuerzos llenarte del Espíritu? ¿O estás esperando algún sentimiento de éxtasis como prueba de que posees la plenitud del Espíritu de Dios?

Amigo mío, si dices a Dios que anhelas ser lleno del Espíritu Santo y al mismo tiempo haces alguna de estas necedades, o no eres sincero ni quieres realmente ser lleno; o no crees que Dios habla con ver-

dad cuando te ofrece el don de la plenitud del Espíritu Santo.

¿Eres sincero? ¿Quieres realmente ser lleno del Espíritu Santo? Entonces reconoce la presencia del Espíritu Santo en tu interior y reclama su plenitud como tu derecho de nacimiento. Toma el don, da gracias al Dador y usa inmediatamente el don en la obra de ganar almas para Cristo.

Por un acto de fe puedes recibir la plenitud del Espíritu. Por una sucesión constante de actos de fe se hace habitual esta plenitud.